

EL MONITOR MÉDICO.

ORGANO DE LOS INTERESES CIENTIFICOS Y PROFESIONALES DEL CUERPO MEDICO

PUBLICADO BAJO LA PROTECCIÓN DE LA

ACADEMIA NACIONAL DE MEDICINA.

Año VII. }

Lima, Agosto 15 de 1891. }

Núm. 150.

EL DOCTOR JOSÉ CASIMIRO ULLOA.

El « Monitor Médico » cumple el tristísimo, á la par que obligado deber, de enlutar sus páginas para transmitir á sus lectores, así nacionales como extranjeros, la infausta nueva del fallecimiento de su Redactor en Jefe, acaecida el 4 del presente, de una manera violenta, en la ciudad de Arequipa.

Embargados aún por el dolor de esa pérdida verdaderamente irreparable, que nada será parte á mitigar en mucho tiempo, debemos dejar para días más serenos el estudio crítico de los trabajos y de los servicios prestados abnegadamente por un hombre, en verdad notable, y cuya vida fué un continuo batallar en favor de la ciencia y la humanidad. Laboriosidad infatigable, hé allí la característica de su vida, exornada de virtudes cívicas. Cerebro pensador y embebido de todos los conocimientos de su época, hé allí la expresión de su valer intelectual. ¡Qué mucho, pues, que se le cite como un tipo de sabio y de patriota!

Los estudios médicos, á que dedicara la mayor parte de sus aptitudes, así en la cátedra docente como en la prensa propagandista, fueron desde su juventud el ideal que acariciara, sin desmayar su entusiasmo un solo instante.

Este aspecto de su vida intelectual, que es el único que debe estudiar el *Monitor Médico*, fundado hace siete años, y sostenido por su constancia y sus desvelos, requiere un exámen detenido y una tranquilidad de espíritu, que sólo pueden conseguirse cuando calme un poco la tempestad moral que nos envuelve.

Hoy por hoy, queda reducido nuestro papel á derramar abundosas y sentidas lágrimas sobre sus inermes despojos y á hacer la crónica de los honores tributados á su memoria, para que pueda apreciarse la talla del hombre que para todos era maestro y amigo, en la verdadera acepción de estas palabras.

Preocupación constante de su vida, cuanto se refería á la Medicina pública, como se comprueba recorriendo desde el primero hasta el último número de este periódico, existiendo quizá alguno por excepción donde no se regis-

tre algún trabajo suyo, fué esa preocupación la que lo acompañó en su viaje á Arequipa, motivada, por otra parte, por la necesidad de trasladar á ese clima á un miembro querido de su familia. Era sabido en Lima que en aquella ciudad y en otras cercanas, hacía estragos la difteria y, espíritu abnegado y generoso, siempre listo para el bien, no podía avenirse á callar y cruzarse de brazos ante esa calamidad pública; reunió sus datos, hizo sus apuntes y fué á las provincias del Sur, para ilustrar con sus consejos á las Juntas de Sanidad, llevando ya trazado todo un plan de profilaxis contra esa terrible enfermedad.

Desgraciadamente su organismo ya deteriorado por el exceso de trabajo, quizá el estado atermatoso de sus vasos sanguíneos, como antiguo reumático que era, obligado por la menor presión atmosférica de un clima elevado á un mayor esfuerzo de la acción cardíaca, determinaron, á lso muy pocos días de su permanencia en la ciudad de Arequipa, el accidente fatal y repentino que puso término á una vida tan digna de imitarse por sus virtudes y privó al país de un cerebro cultivado y de positivos talentos.

Recordamos con amargura que, días ántes de separarse de nosotros, tenía el presentimiento de su próximo fin y no disimulaba el terror que le infundía la epidemia de difteria, que hacía sus estragos en los lugares que iba á visitar por poco tiempo. Pero levantando su espíritu ante la idea de ser útil en la campaña contra la epidemia, talvez exclamó, parodiando al gladiador ro-

mano y repitiendo lo que ya se ha dicho: *ave scientia imperatrix morituri te salutant*. Y fué al Sur sin vacilar.

Circunstancia notable. El hombre que durante 40 años había educado varias generaciones médicas, como Profesor en la Escuela de Medicina y Secretario de la Facultad, fundada en gran parte y sostenida siempre por él con inteligente decisión y constante buena voluntad, ha tenido la suerte de que su cadáver se regara con las lágrimas y recibiera los honores del cuerpo médico de Arequipa, Callao y Lima, tres de las principales ciudades de la República y donde más abundan sus discípulos y amigos.

El *Monitor Médico*, en homenaje á su fundador y Redactor principal, dedica, pues, este número á consignar en sus enlutadas columnas esos honores, transcribiendo parte de cuanto se ha dicho y escrito hasta hoy en su memoria.

EN AREQUIPA.

El cuerpo médico de esta ciudad, con una actividad é interés que le honran, se apresuró á embalsamar el cadáver, horas antes de recibir el Delegado de la Facultad de ese lugar, un cablegrama del Decano de la Facultad de Medicina de Lima, que le encargaba hiciera esa operación, á fin de hacer su envío á esta capital.

Practicado el embalsamamiento, fué conducido en hombros el cadáver, el 5 en la noche, en medio de numeroso y electo acompañamiento, como pocas veces ha visto Arequipa, al decir de un

periódico de la localidad, al templo de San Francisco, donde, al siguiente día y con el concurso de los cuerpos oficiales, científicos, literarios y gran número de individuos particulares, tuvieron lugar las solemnes exéquias tributadas por la liturgia católica para el eterno y tranquilo descanso de su alma.

Concluida la función religiosa, y siempre en medio de numerosísima concurrencia, se depositaron los restos en la capilla ardiente, mandada preparar por el señor Prefecto del Departamento, siendo precedida esta ceremonia de los discursos pronunciados por el Doctor Montesinos, como Delegado de la Facultad de Medicina y á nombre de ésta; por el Doctor Luciano Bedoya, Alcalde Municipal, representando á la Corporación, y por el Doctor Pérez Aranibar, á nombre del cuerpo médico y farmacéutico.

Sentimos no poder reproducir todos los discursos y sólo ponemos á la vista de nuestros lectores el del Doctor Montesinos, Delegado de la Facultad:

Señores:

En el D. D. José Casimiro Ulloa, acaba de perder el Perú á uno de sus hijos más ilustres; la ciencia á uno de sus obreros más esclarecidos; la medicina nacional, al más repetable de sus miembros; y los pobres, los alienados, los desheredados, los enfermos, un padre, un amigo, un servidor fiel, el primero entre todos aquellos cuya vida se consagra á la dicha, al alivio y consuelo de la humanidad.

El Dr. Ulloa era todo un hombre por el pensamiento y por la acción: era un sabio y era un noble y honrado ciudadano. Mas de 35 años sirvió en los hospitales. ¡Cuántos dolores calmaría! Cuánto bien habrá hecho en

tan largos años de esa vida toda de sacrificio y abnegación, que es la vida de hospital para el médico!

Luchó por la ciencia que es, quizá, la más hermosa manera de luchar por la vida, porque la ciencia le dá al hombre escudo y armas contra el mal y el dolor, que por todas partes nos asedian.

No es fácil apreciar lo que vale un sabio en estos tiempos, en que la ciencia ha crecido hasta hallar estrecho á su ambición el Universo. ¡Cuánto trabajo intelectual acumulado en el cerebro de un sabio de nuestro días! Cuántos conocimientos adquiridos y conservados! Cuántas ideas elaboradas en el espíritu de estos grandes hombres poderosamente intelectuales!

Por eso, señores, cuando muere uno de esos hombres, todo un mundo se pierde, mundo de ideas, que al fin, vale más que un mundo de miserias como el que nos rodea.—El Dr. Ulloa era de estos hombres—Trabajador infatigable á la vez que producía grandes pensamientos, se ejercitaba en la lucha diaria de la acción: tuvo un papel activo en las conquistas de la ciencia y se esforzaba con ardor en utilizarlas, permaneciendo en las regiones severas de la observación, sin dejarse arrastrar por el entusiasmo de la moda.

Combatir por la justicia, asegurar el triunfo de la razón: tal era su esperanza y el objeto de sus constantes esfuerzos. La prensa, la tribuna, la cátedra, los hospitales, las academias han sido el teatro en que ha vivido y ha luchado este ilustre hijo del Perú. Por todas partes, este *homíne luz* alumbraba y creaba el bien.

Como Secretario de la Facultad de Medicina, como regenerador de la Escuela de San Fernando, como Secretario Perpétuo de la Academia Nacional, como creador del Manicomio, como legista, como escritor, como médico, como patriota, siempre y en todo se distinguió este esclarecido varón de prodigiosa actividad.

Por esto la patria está de duelo—Por esto Arequipa que lo ha visto morir se ha levantado á hacer los últimos honores al sabio, gloria del Perú. In-

clinemonos, señores, con respeto, admiración y reconocimiento ante el ejemplo de nuestro venerable maestro; depositemos nuestras lágrimas de duelo ante sus restos, y que este testimonio de gratitud llegue ante ese espíritu que Dios le dió para que entrara en su gloria radiante por sus obras y beneficios.

Ahora que reposas en posesión de la verdad, tú, que tanto la amaste, no pudiendo encontrarla aquí, te has ido para obtenerla en toda su plenitud y belleza. Si el más íntimo y grato sentimiento mío puede llegar hasta tí, acéptalo y devuélveme esa mirada cariñosa con que veniste á refrescar el corazón de tu viejo amigo que nunca te olvidará.

El 7 en la mañana fué conducido el cadáver, en carro especial del tren ordinario, al puerto de Mollendo y embarcado ese día en el vapor alemán «Ibis,» para su traslación al Callao, bajo la custodia de un ayudante de la Prefectura de Arequipa.

EN EL CALLAO.

El 10 llegaron á este puerto los restos del Doctor Ulloa, y hé aquí la suscita relación de la ceremonia fúnebre que tomamos de un periódico:

En tren expreso de la capital llegaron los miembros de la Facultad de Medicina, comisiones de la Universidad y de otras sociedades, así como los deudos del finado.

El doctor Távara, Delegado de la Facultad en ese puerto, tenía de antemano invitado al Cuerpo médico local, el que con la selecta comitiva llegada de Lima recibió los restos en el muelle, siendo numerosa la concurrencia de particulares.

El doctor Távara recibió á bordo los restos, que fueron colocados en una lancha á vapor.

El cortejo mortuario fué formado por diez falúas de los buques nacionales y extrajeros, y dos embarcaciones á vapor con la bandera nacional á media asta, colocadas en fila con las de los compañeros y tras de la que conducía los restos.

En el muelle formó el batallón «Tarapacá», precedido de su banda de música.

El carro de la bomba «Unión Chalaca», elegantemente enlutado y con cuatro hermosos hachones, esperaba en el muelle de guerra la caja mortuoria.

Una vez en la chaza el cortejo á las tres y cuarto de la tarde, el doctor Távara hizo la entrega de la caja que guardaba el cadáver al doctor Villar; cambiándose entre ambos los discursos correspondientes.

Colocada la caja en el carro de la «Chalaca», el batallón «Tarapacá» desfiló al compás de una sentida marcha fúnebre, detrás de la comitiva.

Del muelle á la estación fueron tomadas las cintas por los doctores Villar, Maúrtua, Subprefecto de la provincia y Mayor de Ordenes, Capitán de Navío señor Tizón.

El cortejo tomó la plaza de la «Victoria» donde se incorporó el señor coronel Prefecto de la provincia, que arrastró el duelo junto á los hijos y deudos del finado, así como las demás autoridades políticas, navales y militares del puerto, desde la calle de la «Constitución», hasta la de la plaza «Matriz» y de allí á la estación, donde partió, á las cuatro, el convoy extraordinario conduciendo los restos á Lima.

Llegado el convoy á las cinco y cuarto de la tarde, á la estación de Desamparados, donde le esperaba gran concurso de todas las Facultades Universitarias, inmediatamente se puso en marcha recorriendo las calles que conducen á la Escuela de Medicina.

El ataúd era conducido en hombros por los alumnos de la Escuela.

En el vestibulo de la Escuela fué recibido per una Comisión de alumnos que condujeron los restos hasta la capilla ardiente, preparada al efecto.

Al depositarlos en ella, el Sr. Leoncio Mora, alumno de sétimo año, pronunció, á nombre de sus compañeros, un sentido discurso.

En el patio de la Escuela se había instalado una compañía del batallón «Callao» número 4, que rindió los honores debidos á los restos del que fué Cirujano en Jefe de los Ejércitos durante la guerra con Chile.

De allí hasta la escalera que conduce á los altos, todo se hallaba perfectamente enlutado, ostentándose en las paredes de los corredores magníficas y elegantes guirnaldas de ciprés y flores naturales.

La capilla ardiente se levantaba en el mismo salón de sesiones de la Facultad, sobre la plataforma que sirve á la mesa de la Junta Directiva. Dentro de una elegante urna, rodeada de piras y centelleros y á cuyo frente se leía el nombre del finado, se depositaron los restos.

El adorno interior estaba compuesto en su totalidad de paños y festones de terciopelo negro galoneado y salpicados con lágrimas de plata, destacándose entre éstos los emblemas de la Medicina y el monograma del doctor Ulloa. Sobre la tribuna y cubierto de negro crespón se veía un magnífico retrato del llorado Secretario y profesor.

La premura del tiempo no nos permite consignar el nombre de las personas que han ofrecido coronas de flores naturales á la memoria del amigo; pero entre otras de exquisito gusto, sobresalen las de los hijos, de la Facultad de Medicina, de la Academia Nacional, de los alumnos de la Escuela, de la señora Raygada de Cisneros, de los doctores Barrios, Pérez Roca, Odriozola y David Torres Aguirre, en nombre de «El Monitor Médico» y la muy significativa del hijo político é hijas de Ulloa, residentes en Arequipa, donde, como saben nuestros lectores, falleció en esa ciudad el 4 del presente.

A la benevolencia de la humanitaria y progresista compañía «Salvadora Lima» número 1, y á la cooperación eficaz de la Facultad de Medicina, de la Academia Nacional, y de

los alumnos se debe la esplendidez con que ha sido adornado el local, como homenaje de gratitud y respeto al maestro y como un elocuente testimonio de afección al amigo que los deja.

EN LIMA.

Conocida en la capital por cablegrama el luctuoso acontecimiento, la Facultad de Medicina, como ya insinuamos, ordenó el embalsamamiento y remisión del cadáver para tributarle los honores á que era acreedor y formuló, de acuerdo con otras Corporaciones, el siguiente:

PROGRAMA PARA LA TRASLACIÓN DE LOS RESTOS.

1º El día 11 á las 1 y 30 minutos p. m. en punto, partirá de la estación de los Desamparados un tren extraordinario conduciendo á la Facultad de Medicina, á la Academia de Medicina, á los miembros de la Universidad, Corporaciones científicas, deudos y amigos del finado.

2º A la 2 p. m. se desembarcarán los restos, trasladándose á la capital en el mismo tren que partirá á las 3.30 p. m., para ser colocados en la capilla ardiente preparada en la Escuela de Medicina.

3º El 12 á las 3 en punto de la tarde, serán conducidos los indicados restos al Cementerio General con el respectivo acompañamiento, observándose el siguiente ceremonial:

TRASLACIÓN DE LA CAPILLA AL CARRO.

Presidente de la Sociedad Geográfica	Cadáver	Edecan de S. E.
Director de la Beneficencia.		Prefecto del Departamento.
Ministro de la Guerra.		Ministro de Instrucción.

EN EL CEMENTERIO.

Decano del Colegio de Abogados.	Cadáver	Presidente del Ateneo.
Presidente de la Academia de Medicina.		Decano de la Facultad de Ciencias.
Decano de la Facultad de Medicina.		Rector de la Universidad.

ORDEN DE LOS DISCURSOS OFICIALES.

- 1º El comisionado por la Facultad de Medicina.
- 2º El de la Universidad.
- 3º El de la Academia Nacional de Medicina.
- 4º El del Colegio de Abogados.
- 5º El alumno de la Facultad.
- 6º El de la sociedad «Geográfica.»
- 7º El del «Ateneo.»
- 8º El de la Prensa

Los demás discursos se pronunciarán por orden de antigüedad, de las sociedades científicas y particulares.

Resolvió también expresar su condolencia á la familia del finado en la comunicación siguiente, contestada algunos días después:

FACULTAD DE MEDICINA.

Lima, Agosto 7 de 1891.

Señores hijos del finado Dr. José Casimiro Ulloa.

Señores:

En nombre y por encargo especial de la Facultad de Medicina, profundamente apenada por el fallecimiento de su Catedrático principal titular, Dr. D. José Casimiro Ulloa, me dirijo á UU. para significarles la sentida condolencia de todos y cada uno de sus miembros, por tan luctuoso cuanto inesperado acontecimiento.

La muerte del Dr. Ulloa, desgracia irreparable que hoy lamenta la sociedad entera, es de más alta significación

aún para la Facultad de Medicina que, organizada al calor de su fecunda iniciativa y de su ascendido amor á la ciencia y al país, no podrá olvidar jamás al Secretario fundador, que por espacio de cerca de cuarenta años, supo comunicarle su espíritu progresista, ayudándola con sus ilustrados consejos y sosteniéndola en sus horas de prueba.

Este homenaje al talento, á la ilustración y al carácter, que se complace la Facultad en hacer notorio, es apenas una débil muestra del reconocimiento que debe al Dr. Ulloa, por sus importantísimos servicios en pró de la Medicina Nacional, preocupación constante de su vida y que ha dado por fruto la brillante generación médica que hoy ilustra á la Medicina y á la Patria.

Si algo puede mitigar la honda pena que aflige á UU., como hijos de tan preclaro ciudadano, debe ser, sin duda, la merecida justicia que hoy se le hace; justicia que se manifiesta en la unánime expresión de verdadero pesar por la desaparición de un miembro social tan útil como distinguido, en el lamentable vacío que deja en el Cuerpo Médico y en el puesto irremplazable que queda en esta Facultad.

Interpretando así los sentimientos en que abundan los miembros de la Facultad de Medicina, que tengo la honra de presidir, y que son también los míos, me permito suplicarles que los acepten con benevolencia, junto con el sincero afecto y consideración distinguida, con que me suscribo de UU., muy atento y seguro servidor.

L. VILLAR.

Lima, Agosto 12 de 1891.

Señor Dr. D. Leonardo Villar, Decano de la Facultad de Medicina.

Señor:

Mis hermanos y yo nos hemos impuesto con viva impresión de la nota de UU., de 7 de este mes, contraída á manifestarnos la condolencia de la Facultad de Medicina, por el fallecimiento de nuestro amado padre, y á mos-

trarnos cuanto vale también esta desgracia para la Institución á que él dedicó preferentemente sus desvelos.

No es esta la sola manifestación que tenemos que agradecer á US. y á los demás señores Catedráticos de la Escuela de Medicina: los honores fúnebres tributados á nuestro padre, el solícito empeño desplegado por UU. en hacer patentes sus servicios de 40 años á la medicina patria y los demás acuerdos que han precedido á esos actos, son, para los que tenemos el consuelo de llorar al padre solícito é incomparable, otras tantas muestras del alto aprecio que ha hecho la Facultad Médica de los infatigables esfuerzos del colega y del maestro, y otros tantos motivos á nuestro eterno agradecimiento.

Mis hermanos y yo guardaremos memoria constante de esta solicitud de US. y de los señores Catedráticos y también de los alumnos de la Facultad de Medicina que tanto amó aquel; y UU. deben creer, por lo mismo, que es débil esta expresión de nuestragratitud ante el verdadero sentimiento que embarga nuestro hogar.

Dígnese US. señor, aceptar este sentimiento y ser el eco de él cerca de los que tan noblemente han honrado la memoria de nuestro padre; recibiendo con ellos las respetuosas consideraciones con que, en unión de mis hermanos, me suscribo de US. su atentísimo S. S.

ALBERTO ULLOA.

La Academia Nacional de Medicina, entre otros acuerdos, resolvió por unanimidad no proveer el puesto de SECRETARIO PERPÉTUO hasta la terminación del presente año académico y colocar el retrato del DR. ULLOA en el salón de sesiones.

El Claustro Universitario, el Ilustre Colegio de Abogados, en recuerdo de su miembro honorario, el Ateneo de Lima, la Sociedad «Médica Unión Fernandina», la Sociedad Geográfica y todas las demás sociedades científicas,

literarias y políticas, los alumnos de la Escuela de Medicina, la prensa, etc., todos á porfía han contribuido á hacer solemnes los merecidos honores al distinguido ciudadano, cuya muerte es reputada unánimemente como una calamidad nacional.

El Miércoles 12, Lima entera, podemos repetir con un colega, acudió á tributar el homenaje á que se había hecho acreedor ese aventajado factor del progreso, pues era el día señalado para la conducción del cadáver al Cementerio General.

Desde las dos de la tarde, el local de la Facultad de Medicina fué invadido por un gran número de personas de toda clase, como de toda edad; ya el joven discípulo, ya el compañero de profesión, ya la madre á quien prestó sus servicios médicos, ya el artesano que mereció su curación, como el hombre del pueblo por cuyas libertades trabajó, se dieron cita en la traslación de esos restos venerandos.

Cerca de las cuatro eran sacados de la capilla, que al objeto se había formado en el salón de sesiones de dicha Facultad, en la que el crespón negro y las coronas de flores, como las luces allí colocadas, daban un aspecto grave y conmovedor; además, dos alumnos estaban de pie al lado del túmulo en que reposaban los restos de aquél que había contribuido á la vida intelectual de ellos con cariño de padre. La fachada del local de la Academia Nacional de Medicina, también ostentaba sus cortinajes negros. Estos cubrían así mismo la puerta de San Fernando, como los corredores interiores hasta el lugar de la capilla, y sobre los cuales se destacaban cadenas de aureles.

Gran número de coronas llevó el acompañamiento, hasta el extremo de que cada coche tuvo una corona que el amigo, el discípulo y las asociaciones depositaron en la tumba del inolvidable filántropo, doctor Ulloa.

Como estaba dispuesto, las cintas fueron tomadas primero, por los señores indicados en el programa, y después, por los señores: doctor Miguel A. de la Lama, doctor Colunga, doctor Villaran, doctor Rosas, señor Secretario de la legación Pontificia y doctor Villar. En hombros se bajó el cadáver hasta el carro mortuario, haciéndose lo mismo en el Cementerio para colocarlo en el nicho que debía contenerlo.

Aquí, interrumpiéndose el recogimiento y dolor de los concurrentes y las lágrimas de hijos y amigos, se dejó oír la palabra del distinguido doctor Artola, quien á nombre de la Facultad de Medicina, hizo notar elocuentemente los servicios del doctor Ulloa, como también manifestó el sentimiento de esa Corporación.

A continuación, el doctor Luis Felipe Villarán, en frases breves, como oportunas, expresó lo que la Universidad había experimentado con la desaparición del doctor Ulloa; pero elevándose á las regiones metafísicas, nos hizo vislumbrar una esperanza de algún día encontrar al doctor Ulloa en la mansión del Bien, donde se halla.

El doctor Muñiz, habló en seguida con sentimiento y valorizando los méritos del miembro de la «Academia de Medicina,» como fundador de ésta, en cuyo nombre dejó oír su voz.

El «Ilustre Colegio de Abogados,» dignamente representado por el doctor don Miguel A. de la Lama, también concurrió á expresar en esos momentos lo que ha significado para esta distinguida Corporación la cesación de la vida del Redactor de la *Gaceta Judicial*, doctor Ulloa, El doctor Lama, cumplió su cometido, presentando en relieve al que nos ha arrebatado esa ley tremenda de la naturaleza, de tal manera que conmovió al auditorio.

Posteriormente el doctor Perla, en un lato discurso, expresó el valioso contingente que fué el doctor Ulloa, para la «Sociedad Geográfica,» por la cual habló. Siguióle con el mismo objeto el doctor Osma, quien en un breve, pero sentido y correcto discurso, expresó los sentimientos de la Comi-

sión de Límites de la Sociedad antedicha.

El H. Concejo Provincial, trajo á esta ceremonia, así mismo, su palabra de pesar, por el órgano del Sr. José Lucas Oyague, el cual en pocas frases, pero muy oportunas, llenó su honrosa misión.

Los alumnos de Medicina, uno de los más queridos del doctor Ulloa, también tuvieron su representante en esa significativa ceremonia, en la persona del señor Manrique; quien, con cariñosas frases, manifestó cuanto quisieron á su maestro y cuán irreparable era su pérdida.

La juventud ilustrada é independiente, que ama á los hombres que han consagrado su existencia en bien de la patria en proficua labor, hoy al pié de la tumba que respetaremos siempre, ofreció, por medio de la palabra del señor Rey de Castro, á nombre del «Círculo Literario,» como ejemplo, al científico y político, al Dr. Ulloa.

Por último, se dejó oír la voz del Dr. Medina, como Delegado por la importante sociedad «Unión Fernandina» y la prensa médica, el cual cumplió debidamente su cometido, agregando á las anteriores palabras, las de sus compañeros, quienes lamentan hoy como el que más, tan sensible pérdida.

Hé aquí los discursos pronunciados en el acto de la inhumación, cuyos sentidos conceptos traducían la verdad y expresaban el sentimiento del numerosísimo y distinguido cortejo, congregado en esa mansión de dolor y despedida eterna.

El Dr. ARTOLA;

Señores:

El fúnebre crespón con que hoy se enluta la Medicina Nacional y la Patria y el amargo llanto que baña nuestros corazones, tienen un motivo pocas veces tan bien justificado: el doctor don José Casimiro Ulloa, primer Secretario de la Facultad de Medicina, siguiendo la perdurable metamorfosis

de todo lo que existe, ha dejado el mundo de los hombres.

Tan dolorosa separación ha herido en el alma á la Corporación á que pertenecía, y élla me ha encomendado la penosa honra de decir el eterno adiós al colega, al maestro y al amigo.

Yo que tuve la fortuna de ser contado en el número de sus discípulos y de sus amigos; yo que, en la intimidad del cariño que me dispensó, pude estimar más de cerca que muchos, cuanto valían ese noble corazón y esa inteligencia privilegiada, sería, á no dudarlo, quien mejor pudiera decirnos cuanto con él hemos perdido, si sus relevantes dotes no fueran ya de todos conocidas, ó si la magnitud de mi dolor no igualara á la tarea que se impone tan superior á mis escasas fuerzas: para tallar la estatua de Moisés, fué necesario el inspirado cincel y el vigoroso martillo de Miguel Angel.

El 4 de Marzo de 1829 vió la primera luz en Lima el doctor Ulloa.

Nutrido desde tierno con las doctrinas de la más sana moral, su precoz inteligencia le abrió, á los 16 años, los claustros de la Escuela de Medicina, donde, desde sus primeros pasos, reveló cuanto había de ser más tarde.

Aún no contaba veintidós años, y ya tras las más brillantes actuaciones, obtenía el título de doctor en Medicina, mereciendo por sus notables aptitudes ser uno de los cuatro jóvenes, que el nunca bien ponderado doctor Heredia, Rector entonces del Colegio de San Fernando, mandara á Europa á perfeccionar su instrucción media.

Las ideas republicanas y liberales que á la sazón inflamaban la Francia, hallaron en su corazón, siempre ávido de todo lo bueno y en su inteligencia dispuesta á todo lo grande, un terreno apropiado para germinar y propagarse. Por esto, no obstante de haber comenzado sus exámenes de recepción para optar el grado de doctor en la Facultad de París, y cuando había rendido ya cuatro pruebas con el éxito más notable y sólo le faltaba una para colmar sus deseos, la realización de otro más irresistible lo condujo de regreso á su tierra natal.

La revolución política iniciada por el General Castilla, á la cabeza del partido liberal, fué el motivo de su vuelta, y la práctica de sus ideas liberales, el irresistible impulso que le guió.

Organizado el Gobierno, por la revolución triunfante, el joven doctor fué llamado á la Oficialía Mayor en el Ministerio de Relaciones Exteriores, en cuyo desempeño reveló disposiciones no comunes.

Su posición cerca del Gobierno y la influencia que supo conquistarse, facilitaron entónces la tarea que se había propuesto desde que conoció la organización de los planteles de instrucción médica de Europa. Contaba, además, con el eminente Heredia, que conociendo la competencia de Ulloa, le autorizó para proponer todas las reformas que estimara convenientes.

Así fué como el calor de esa fecunda inteligencia brotó la Facultad de Medicina, á la que desde entónces consagró todos sus desvelos y cuidados, y que desde ese momento hasta el último de sus días condujo de la mano por la senda del progreso.

En esta reforma le fué encomendado el curso de Terapéutica y Materia Médica, dando comienzo á sus brillantes lecciones en el año 1856.

Un detalle que os voy á referir, temiendo ser indiscreto, puede daros una idea de su ilimitado amor al saber.

Atenido, para su permanencia en París, á una renta exigua, hasta ser deficiente para el hombre menos aspirante, supo sacar de ella las economías necesarias para adquirir la base de la magnífica biblioteca; que de manera semejante llegó á formar, y que jamás desde entónces dejó de conuitar un solo día.

Ese cerebro que desbordaba en ideas, necesitaba un campo más vasto para su acción; no transigía con el aislamiento en que se hallaba el Cuerpo médico, y á iniciación suya se fundó la Sociedad de Medicina, cuyo órgano, *La Gaceta Médica*, que vió la luz el 15 de Agosto de 1856, aparece engalanado con el primer artículo de la série que, con tanta elegancia de estilo

como inconcebible fecundidad, produjo hasta sus últimos días su pluma in fatigable.

La rectitud de sus ideas no le permitió continuar sirviendo á un Gobierno que á su juicio trasgredía la Constitución; y con una fiera hoy desgraciadamente desconocida ú olvidada, renunció el ventajoso empleo de Oficial Mayor.

Pero el Jefe de aquel Gobierno que habia aquilatado bien las aptitudes de Ulloa, no sólo no le guardó rencor por aquel rasgo de honrada entereza, sino, creyendo necesarios sus servicios en Europa, lo nombró miembro de una Comisión financiera que marchó á ese Continente en el mismo año 1859.

Por este motivo, el doctor Ulloa no pudo hallarse presente á la inauguración del nuevo asilo de locos, cuyo médico era desde su regreso de Europa y cuya fundación habia inspirado.

Pero no fueron menos benéficos sus servicios en el puesto que se le confió. Mediante su infatigable actividad y su acrisolada honradez, logró descubrir reparos de cuantiosa importancia para el Fisco. Entonces escribió y publicó sus *Estudios sobre la consignación del guano*, obra que ha llegado á ser clásica en su especie.

De regreso á Lima, en 1860, dedicóse nuevamente á la Facultad de Medicina y á la práctica de su profesión. Fué entonces que por iniciativa suya se fundó la publicación oficial de la Universidad, con el nombre de *Anales Universitarios*, en cuyo primer tomo queda constancia de este aserto.

Tranquilo se hallaba entregado á sus labores profesionales, cuando una de las más serias convulsiones políticas, tan frecuentes en nuestro país, vino á distraer su atención: la guerra con que España nos amenazó y el tratado Vivanco-Pareja, con que terminó la primera parte de aquel drama.

Comenzó su oposición al Gobierno, que tal pacto suscribiera, lanzando por la prensa formidables artículos, y la terminó para alistarse en el *vivac* del ejército restaurador.

La Dictadura de entonces, el glorioso 2 de Mayo y la administración de

esa época, tuvieron en Ulloa un hábil y activo cooperador, lo que le valió su ingreso á la Constituyente de 1867, en que se afilió al partido liberal que defendía los más sagrados derechos del hombre: la libertad de creencias en su manifestación externa, la de los cultos.

Secretario de la Comisión enviada al Sur de la República, después de la catástrofe del 13 de Agosto de 1868, se prodigó más allá de sus fuerzas, por socorrer á los millares de víctimas de aquella desoladora ruina, mereciendo á su regreso, un voto de gracias de la Nación, expresado por el Cuerpo Legislativo.

Organizada la famosa Municipalidad de los Cien Notables, se hizo justicia á sus merecimientos, considerándolo en ese número; y allí su fecunda iniciativa, escuchada y estimada en su valor por otro grande hombre, don Manuel Pardo, dió nacimiento á la primera Exposición de Lima.

Sus arraigadas convicciones lo llevaron después al lado de la oposición, al Gobierno inaugurado en 1872, no obstante la amistad personal que lo ligaba al Jefe de él, y la expresión de tales convicciones le valió entónces el hallarse comprometido en lances personales de que, como siempre, salió airoso merced á su entereza y honorabilidad nunca sospechada.

Compartiendo siempre sus horas entre el periodismo, el magisterio y la práctica de la profesión médica, no desechó jamás ningún cargo concejil en que hubiera creído servir á su Patria; y por esto el Gobierno que sucedió al del malogrado Don Manuel Pardo, le encomendó, entre otras comisiones, la redacción de un proyecto de ley de elecciones, á cuya tarea dió cima con la habilidad que le era característica.

La última gran guerra á que el Perú se vió arrastrado para sostener su honor, halló al malogrado amigo que lloramos, en pié para ofrecer á su Patria el contingente de su inconcebible actividad y de su profundo saber.

El Jefe de la Dictadura que ofreció la salvación del país, le llamó para encomendarle la organización del ser-

vicio de Sanidad Militar, con el título de Cirujano en Jefe de los Ejércitos, y allí, como siempre, y como en todas partes, dió pruebas de lo que era capaz de hacer ese genio eminentemente organizador.

Terminada su misión en el campo de Miraflores, en donde su temeraria abnegación lo expuso á morir, por haber penetrado más allá del lugar que á su carácter correspondía, volvió á entregarse al estudio, que fué su pasión dominante, á la Facultad de Medicina, que con justo orgullo miraba como su obra predilecta, y á la enseñanza á que se dedicó toda su vida, no sólo en la Cátedra y el periodismo, sino aún en la intimidad de la conversación familiar.

La reorganización del servicio municipal higiénico de Lima necesitaba un hombre como Ulloa, para realizar las ideas progresistas de que se hallaban inspirados los miembros de la Corporación; y entonces su actividad se multiplicó para corresponder debidamente á tan saludable deseo de la honorable Municipalidad.

Cúpome la honra de compartir con él de aquellas tareas, y tuve una ocasión más de admirar aquel cerebro creador.

La política, influyendo entre nosotros en los actos más ajenos á ella, produjo un cambio en el personal de la Facultad, institución que él había creado; en cuya ocasión, causas que no es del caso señalar aquí, le valieron el ostracismo.

Pero ántes de salir del suelo patrio, su mente creadora le inspiró la fundación de la actual Academia de Medicina, á la que sirvió de base el personal de la anterior Facultad, y á la misma que fueron aceptados los más conspicuos miembros del Cuerpo Médico de Lima y del Perú todo y del extranjero.

El cargo de Secretario Perpetuo, justa recompensa á su entusiasta y desinteresada consagración al trabajo, le fué designado por sus compañeros, en unánime aclamación.

Como literato, no son pocas las obras de exquisito gusto que registra la prensa nacional y extranjera, de cuya renta años á la fecha, debidas á la pluma de Ulloa; como políticos, *«El He-*

raldo», *«La Nación»*, *«La Patria»*, *«El País»*, *«El Perú»*, *«El Diario»*, y toda la prensa de Lima ha acogido siempre con agradecimiento sus interesantes artículos; y también como médico *«La Gaceta Médica»*, *«El Monitor Médico»*, que fundó y sostuvo hasta su último día: *«La Crónica Médica»*, *«El Boletín de la Academia de Medicina»* y aún los diarios políticos registran sus estudios sobre el cólera, sobre vacunación, sobre higiene, sobre alcoholismo, sobre fiebre amarilla, y sobre todos los ramos de las ciencias médicas; y por último, sus trabajos sobre sugestión, hipnotismo y responsabilidad criminal han comenzado á despertar en nuestros magistrados el deseo de penetrar más profundamente en ese terreno todavía inexplorado, para administrar con mejor acierto la justicia que les está encomendada.

Mucho, muchísimo más podría decirse aún, señores, para trazar siquiera á grandes rasgos esa simpática personalidad; pero ya he ocupado bastante vuestra atención para que abuse más de vuestra benevolencia.

Y cuando nada hacía presagiar su próxima muerte, cuando á los que le queríamos nos halagaba la idea de su pronta vuelta al seno de la familia y de los amigos, una violentísima enfermedad corta el hilo de sus días, causando irreparable pérdida á la Patria, á la familia, á la ciencia, á sus amigos y á la humanidad.

Que esa vida toda de abnegación y de sacrificio, en bien de la humanidad y de la Patria, halle en los que conocieron al doctor don José Casimiro Ulloa, numerosos imitadores, y de esa manera, sirviendo á la Patria y á la humanidad, nos haremos dignos de él, continuando la árdua tarea que nos impulsó y á que él solo dió tan poderoso impulso.

EL DR. VILLARÁN (L. F.)

Señores:

La Universidad de Lima, por quien tengo el alto honor de hablar, sufre una pérdida de difícil reparación con la inesperada muerte del doctor don José Casimiro Ulloa, y su dolor es tan grande como su mal.

Si es triste ver caer en el abismo de la tumba á los que concluyen la jornada de la existencia, es desesperada angustia la que experimenta el más templado espíritu, cuando el ángel de la muerte arranca de nuestro lado al esforzado compañero que compartía con nosotros los rigores del combate.

No es mi propósito reseñar los altos méritos de Ulloa. Ellos son apenas de ayer, son de hoy, están en nuestro espíritu: constituyen la fuente del vivo cariño que nos inspiraba y de la acerba pena que nos agobia.

Alumno, mereció la predilección de Heredia y fué enviado á Europa. De regreso á la Facultad, cooperó eficazmente como Catedrático y Secretario, á su rápido engrandecimiento, con la reforma radical de sus programas y reglamentos. Desde entonces, puso la mayor parte de su actividad al servicio de ella, que con colaboradores como él y Odriozola, ha conquistado alta fama en el mundo científico.

Ulloa avanzaba con la corriente de los adelantos médicos, y las columnas de la prensa, desde hace treinta años, registran sus importantes estudios sobre toda novedad científica, hasta respecto del misterioso hipnotismo de la hora actual.

En toda sociedad científica ó literaria, en todo centro de progreso, Ulloa colaboraba con ese perseverante empeño que distinguía su carácter.

Inteligencia clara, espíritu patriota, corazón recto. Ulloa era liberal sincero é impregnó los dogmas liberales en los claustros de la Facultad de Medicina, cuya juventud se agrupa siempre al rededor de esa bandera.

Combatió Ulloa en la política militante y siempre en las filas de las buenas causas.

Pero me desvíó, señores, de mi objeto . . .

La vida breve pero laboriosa de Ulloa, será una página honrosa en la historia nacional y brillante en los anales de la Universidad y de la Facultad de Medicina. Dejemos, pues, esa labor á la historia y limitémosnos á dar la triste despedida al amigo y compañero que nos deja.

Venzamos el pavor que nos inspira el misterio de la tumba. Lo que ella encierra es la vida. Un Ángel mensajero de la misericordia de Dios aguarda el espíritu que rompe su vestidura de tierra, y lo conduce en sus alas transparentes al paraíso de la eterna ventura. Allí el espíritu del bien purifica la existencia. El genio del mal, la tiniebla del error, no turban la paz del alma: no hay dolores ni lágrimas, egoísmo ni miserias; la vida se desliza eternamente en un mar sereno de purísimas delicias.

Allí estás amigo querido: vela por nosotros y mientras nos unimos á tí, guardaremos tu recuerdo con religioso cariño.

EL DR. MUÑOZ.

Señores:

Vengo en nombre de la Academia Nacional de Medicina, á dar en esta solemne ceremonia, puro testimonio de su sentimiento por la irreparable pérdida que hoy aflige á la Medicina Nacional.

No soy yo quien deba trazar la biografía del ilustrado médico, del profesor erudito, del escritor galano, del historiador y publicista, que hace cuarenta años, con su fecunda laboriosidad é incansable actividad, ha llenado con creces su contingente para con la Patria. Las páginas de ese libro, perdidas muchas en nuestras pasadas luchas, constituyen el tesoro más precioso que un hombre puede legar á su familia y á su generación. Esa biografía, llena de enseñanzas, será hecha por los que de él recibieron ciencia y ejemplo, y mal podía haber dentro de los límites de este afectuoso adiós.

Hondo é irreparable vacío deja en la Academia Nacional de Medicina la desaparición de tan ilustre miembro, cuyo particular talento revelaba la organización delicada de su cerebro.

Para realizar los fines que el doctor Ulloa ha llenado cumplidamente, contaba con dos grandes factores: una inteligencia vigorosa y un apasionado amor á la ciencia. Además, tan laborioso como modesto, este hermoso carácter no sabía odiar.

Apenas hubo terminado sus estudios, con notable aprovechamiento, en la Escuela de San Fernando, hoy Facultad de Medicina, el inolvidable doctor Heredia envióle á Paris. Y, la obra llevada á cabo por Ulloa, á su regreso, es el testimonio más elocuente de tan acertada inspiración.

De regreso á Lima, trayendo el germen de avanzadas ideas, como verdadero apóstol de la ciencia moderna, contribuyó con todos sus esfuerzos al verdadero renacimiento de la Medicina peruana.

El doctor Ulloa, á los veintidós años de edad comenzó su vida pública, y por el espacio de varias décadas, simultáneamente dedicada su inteligencia á la enseñanza y cultivo de la ciencia médica, sin dejar de trabajar en los Parlamentos, en la prensa política. Legislador y tribuno; apóstol de las ideas liberales, nunca se le vió desalentado.

Fruto de su fecunda iniciativa, en momentos bien difíciles, fué el más activo y entusiasta iniciador y fundador de la Academia Nacional de Medicina de Lima, á la que desde el primer momento consagró todo su esfuerzo, toda su actividad, todo el poderoso empuje de su talento é ilustración. Y esta hija predilecta de tan nobilísimos esfuerzos, hoy, constituida definitivamente, por mi órgano mira la desaparición de su Secretario Perpétuo, como una desgracia irreparable. Nunca, pasarán los años y generaciones, la Academia olvidará á su simpático orador oficial, que tan bien traducía sus sentimientos cuando lamentaba los vacíos que la muerte abría en el seno de la Corporación, cuyos trabajos y discusiones eran objeto de sus afanes y desvelos.

En Higiene y Medicina Pública, en Terapéutica y Medicina Mental, en la ciencia Médico-legal, Ulloa era maestro y autoridad. Siempre al corriente de los más recientes progresos de la ciencia, su inteligencia todo lo abarcaba. Talento eminentemente práctico todo quería hacerlo tangible y visible. Sus utopías eran hijas de su entusiasmo.

Recórranse los anales de la Academia, y no hay página en la que no es-

té su nombre. El campo de acción en que ha ejercido su actividad es inmenso, sin límites.

La fuerza intelectual del Dr. Ulloa parecía inagotable. Desgraciadamente, como esa fuerza se ejercitaba, como es natural, á expensas de calor y fluido nervioso, que consumen la vida física del cerebro, este infatigable obrero de la ciencia, cayó derribado, cediendo á inexorable ley, herido en el órgano que durante tantos años había hecho todo el gasto en la vida orgánica de su ser.

Señores:

Una vez que he cumplido con acento inseguro, el deber de dar un adiós al maestro, permitidme, repetir las palabras que en ocasión semejante se pronunciaron, y que aquí tienen triste oportunidad, por ser el retrato más cumplido del modesto sabio, cuya pérdida lloramos.

« El médico en su vida de abnegación y sacrificios, ni mide su tiempo
« ni aquilata sus esfuerzos. No cuenta
« con la fatiga ni con la ingratitud; soldado del deber siempre atento á la
« llamada, pertenece tanto á los desheredados del mundo como á los hijos
« de la fortuna. Su recompensa pertenece siempre á la Historia
« después que, por largos años ha sacrificado su descanso, su hogar el
« porvenir de sus hijos »

El Dr. LAMA (M. A. de la)

Señores:

En presencia del cadáver de mi ilustre amigo, el Dr. José Casimiro Ulloa, y al formular el lastimero acento del Ilustre Colegio de Abogados, del que fué miembro honorario, sentimientos encontrados se agitan en mi alma: hay una misión honrosa, una exigencia del propio desahogo y un penoso deber.

Seis días han pasado desde que el fatal cablegrama nos trajo la infausta nueva, punzando dolorosamente el sentimiento público y eclipsando la felicidad de un hogar respetable y simpático.

Seis días que han sido insuficientes para que la resignación se aproxi-

me siquiera á los espíritus. Seis días en que todos los círculos sociales se han concentrado en la luctuosa memoria de Ulloa. Seis días dedicados á inquirir y apreciar los merecimientos del obrero de la ciencia, de la humanidad y de la Patria. Todos comprendemos la importancia de los trabajos del Dr. Ulloa, pero no todos los conocíamos en su integridad y variedades.

¡Es que el verdadero mérito no gasta trompetas! Es que no se divisan en el horizonte los matices del fulgor solar, mientras que el Sol no se oculta! La nomenclatura de esos trabajos no cabe en un discurso, y los oradores que me han precedido han historiado ya gran parte de ellos.

Relacionar las Corporaciones, las sociedades científicas y literarias, las Comisiones de interés público, los órganos de la prensa ilustrada en que queda esculpida la pujante pluma del Dr. Ulloa, sería enumerar todos nuestros centros de gobierno, de civilización y de progreso.

¡Siempre estará de pié al lado de mi escritorio, la noble figura de Ulloa, con la franca modestia del sabio y la mirada intuitiva del genio, henchido de entusiasmo por «La Gaceta Judicial,» de la que fué activo Redactor, entregándome para sus columnas preciosos originales.

Bien sabéis, señores, que no hablo movido por los sentimientos de benevolencia y generosidad, que naturalmente inspiran los muertos. No; digo una verdad y hago una justicia: Ulloa fué una lumbrera de fecundos rayos, de aquellas que, á manera de los cometas, sólo aparecen muy de tarde en tarde.

Inolvidable amigo:

Acepta la siempre viva que el Colegio de Abogados coloca en la corona que ha tejido para tus sienas la sociedad limeña.

Trabaja incesante en las Alturas, como incesante trabajaste aquí, por los destinos de esta de esta nuestra Patria.

Tranquilo déjanos tus restos, los cuidaremos y honraremos siempre á la par de tu memoria, en su propia se-

pultura. Los cipreses de este fúnebre recinto no harán sombra jamás á los laureles que la cubren.

Señores:

Dios ha puesto en el corazón humano una tendencia irresistible á la gloria póstuma.

¡Desgraciado el hombre que sólo deja tras sí el silencio de los sepulcros! Felices los hijos que heredan un nombre ilustre é inmaculado!

Ulloa ha alcanzado esa fama impeccedera. Su muerte ha sido el tránsito de la labor al premio, del bufete á la inmortalidad.

¡Paz en su tumba, consuelo en su hogar!

El Dr. PERLA

José Casimiro Ulloa!! Amigo querido!! Socio ilustre!! El timpano de tus oídos no vibra ya á la percusión de mis voz ni tus pupilas dan paso á la imágen de los que te rodean; . . . ya no brota de ellas esa luz de tu alma, porque el fuego de tu cerebro se ha apagado

Señores:

El sincero amigo, el padre solícito, el esposo fiel, el afectuoso hermano, el médico filántropo, el ciudadano modelo de espartana virtud, el obrero esclarecido é infatigable de la ciencia y del progreso, terminó su corta, pero fecundísima vida.

El sol de sus días brillaba aún en altura, cuando cayendo de súbito se ocultó para siempre bajo el horizonte que marca la eternidad, dejándonos en esa profunda sombra que oculta los resplandores de la luz de nueva vida, que apenas vislumbra nuestro espíritu bajo el prisma de la fé, con el presentimiento de la inmortalidad.

Los arcanos inescrutables del Supremo Creador lo han hecho salvar, de un paso, la línea misteriosa que termina la senda de peregrinación que corrimos juntos; y al dejarnos en ella, ¡rue! labor! nos hace verter una amarga y justa lágrima, ardiente como el afecto de que mana, que cae helada al campo de la muerte.

Lágrima sin consuelo, lágrima sin objeto; pero lágrima inevitable, por-

que la arranca una ley irresistible del corazón: tributo humilde que el espíritu permite á la materia, como la última ofrenda de su debilidad. Y esas lágrimas nos inundan; porque manan copiosas de hijos, de hermanos, de deudos, de amigos, de Corporaciones tantas de la Patria, en fin, en cuyos senos deja un hondo vacío.

Más, enjuaguemos, señores, nuestro llanto levantando el espíritu hasta el Dios de bondad con religioso sentimiento, para pedirle que escuchando los votos de nuestras almas, que elevados en coro con la plegaria extrema del que lloramos, le abran su seno eterno, colmándole con esa dicha de la verdad y del Bien infinito, por cuyo imperio y difusión trabajó en la tierra con su inteligencia y con su voluntad incansable.

Piadosas creencias deben llenar nuestra esperanza, y con ella entreguemos á la tierra estos despojos, que arranca de nuestros brazos la materia, para poder seguir á ese espíritu esclarecido, al mundo de su gloria.

Allá en el campo infinito, donde moran los génius y los espíritus superiores, ocupa hoy su puesto el ilustre miembro de la «Sociedad Geográfica»: y el brillo que ahí lo envuelve, refljándose en el puesto que aquí deja, esclarece el lustre de la institución á la que hace un momento prestaba los valiosísimos servicios de su inteligencia, conocimiento y entusiasta laboriosidad. Ella le consagrará siempre el recuerdo y la gratitud que se debe al que como socio fundador concurrió á su organización y al que, como miembro de la Comisión encargada de formar el archivo Raymondí, ha contribuido con todo el mérito inestimable de su constancia, empeño y especiales conocimientos, á ordenar y salvar esa fuente inapreciable de datos, estudios y luz para la riqueza del Perú, como para la ciencia; y así el país y la ciencia le serán siempre *obligados* por sus servicios en esta institución.

Su puesto en las labores de esta sociedad, se podía señalar aún antes de su ejercicio, tal es la naturaleza y marcado fin de sus trabajos, que acaso ha-

yan contribuido en mucho á su creación inaplazable.

Conocéis, señores, los frutos de su inagotable pluma, que llevan el sello de la ciencia y de la aplicación, producidos en mil publicaciones de la prensa periódica y en folletos importantes; y entre estos, de remarcable interés, el publicado en 1889, sobre límites entre el Perú y Bolivia, y el que deja por imprimir, referente á igual objeto con el Ecuador: trabajos inapreciables para la Geografía, así como para la diplomacia de dichos países.

No es ciertamente la «Sociedad Geográfica» el campo originario de este publicista; fue el de la Medicina y el de la Prensa. Acabamos de escuchar la autorizada palabra de estas corporaciones y las grandes pinceladas con que describen la vida y la acción de su reformador y de su creador dan de su idea, fuerza, cual planta poderosa capaz de arraigarse y fructificar en cualquier terreno, como en todo clima, donde sus frutos pueden sostener el trabajo de la civilización, de la industria y del engrandecimiento nacional; salvando para derramarse, latitudes, mares, ríos, valles y montañas.

Aquella planta germinada de modesta semilla, cuyos primeros brotes atentamente apreciados por el padre de la ilustre generación médica, que vá á su término, arraigó luego en el campo en que se le plantara desarrollándose como precoz y robusto árbol, cuyos frutos vienen esparciéndose en plena é incesante cosecha, hace cuarenta años. Su follaje, sus brotes y retoños propagados como en espesa selva; son gérmenes poderosos que, como los bosques de otras edades, transformados bajo mantos de la tierra, nos dan hoy la fuerza y la luz, con que los nutrierá el sol de su época.

Esa fuerza propagada con tanto empeño en los campos de la ciencia, de las letras, de la política y aún de la industria, que pueda realzar el prestigio nacional, contribuirá al impulso que contra toda resistencia desgraciada lleva la marcha de nuestro progreso; y con ella se ofrecerá también, á los hombres que se agiten

por él, preciosa claridad ahí donde cualquier olvidado camino velado por la oscuridad del tiempo, reclame el auxilio de una luz.

La «Sociedad Geográfica,» á quien incumbe ser la guía en el camino que el país siga hácia su engrandecimiento y prosperidad material, señalándole los campos de su riqueza, las vías de su movilidad, los límites de sus dominios, los accidentes de su territorio y los elementos de su estadística, marchará á la cabeza de ese movimiento alumbrando la senda con la luz de aquellos conocimientos y llevando en alta mano la antorcha en cuya flama se reúnen las luces encendidas por inteligencias como las de Paredes, Unánué, Raymondi y de Ulloa.

A su vez, mil distintos rayos de la luz derramada por el foco que hoy se apaga, aumentaron el esplendor de otras corporaciones, como el Ilustre Colegio de Abogados, el Ateneo de Lima al que en sus primeros tiempos prestó servicios, cuyo mérito me cupo la honra de apreciar; y de otras tantas de más ó menos importancia, en las que contribuyó al movimiento intelectual del país.

Pero son la Escuela y la Academia de Medicina, las que verán iluminado su campo y su camino con la flama encendida sólo por Ulloa en el combustible acumulado por Heredia. Y la Academia además, vivirá con la vida que aquel le dió, imprimiéndole la fuerza de su cerebro y todo el fuego de su corazón.

De otro lado, el foco inagotable de esa fuerza y de ese calor se prodigaba á toda obra y á toda causa de interés público ó de porvenir nacional, sin que para ella fuese obstáculo en ningún día ni en ningún instante la consideración de su tranquilidad, de su salud, de su vida, y ni aún la del porvenir más necesario de la familia. Flotaba su existencia en el mar de sus producciones y su sed de trabajo y de propaganda jamás se sació.

Así llenó su misión ese obrero incansable en la lucha heroica que su amor á la ciencia y al progreso de su país le impusieron; y refractario, bajo

tan altos móviles, á todo cálculo de interés, deja por herencia la gloria de su nombre sin otro pedestal que la apoye para sus hijos, que la fuerza de los sentimientos en que supo modelarlos.

La justicia reclama, pues, para él toda la gratitud de la patria y la mayor efusión del afecto con que estrecho entre mis brazos á sus vástagos, en el movimiento de admiración que me inspira su gloriosa memoria.

La «Sociedad Geográfica» acude bajo este impulso á la manifestación que nos reúne, cubriéndose en su dolor con ese manto común que nos envuelve en triste duelo.

El doctor OSMA Y PARDO:

Señores:

«La Sociedad Geográfica» y especialmente su Comisión de Límites, cumplen con un deber inexcusable al manifestar, en estos tristísimos momentos, el profundo dolor que las aflige por la inesperada pérdida de uno de sus más esclarecidos individuos.

José Casimiro Ulloa, apesar del ambiente desfavorable que á las especulaciones científicas opone la situación de los países que, como el nuestro, están por constituirse, consagró su vida al estudio de las más variadas, difíciles é importantes manifestaciones de la ciencia; á la difusión de los principios que ella establece y de los adelantos que alcanza; y á la creación y desarrollo de instituciones doctísimas que honran hoy á la República.

En esta labor, seria y fecunda, reveló Ulloa las notables cualidades que generosamente le otorgó la Providencia, reflejando en sus escritos la claridad y la discreta erudición de su vigoroso y cultivado entendimiento; comunicando á sus obras el entusiasmo de su carácter impresionable y ardiente é imprimiendo á unos y á otros el sello de su espíritu independiente y progresista.

Apoderábase Ulloa con facilidad asombrosa de los conocimientos humanos, y esparciéndolos con actividad infatigable en la prensa y en la cátedra, ha marcado el camino, que recorrió en

la vida, con útiles y sábias producciones, que han contribuido poderosamente al desarrollo intelectual de la nación.

Quien tal objeto señaló á su vida y de tal manera lo llenó, ha podido decir en la hora solemne en que se desatan las ligaduras de la carne y el cerebro padece desvanecimientos ignorados y la vista se oscurece, herida por los primeros resplandores de una existencia misteriosa, ha podido decir con el poeta latino: *Non omnis morior!* «no moriré del todo». Y ciertamente, no ha muerto, señores, ni el espíritu que animaba estos despojos, ni la memoria del varón ilustre que dió á su nombre un brillo indiscutible y positivos servicios á su Patria.

EL SR. OYAGUE (J. L.)

Señores:

Honrado por el honorable Concejo Provincial de esta ciudad, para presentar el homenaje de condolencia por el fallecimiento del que fué doctor don José Casimiro Ulloa, me limito á expresar el profundo y natural dolor que experimenta el Concejo, y con él la sociedad entera, por la desaparición de uno de sus miembros tan ilustrado como distinguido fué por todos los que han tenido la satisfacción de conocerlo y de tratarlo.

Conocidos son también de todos las cualidades que adornaban al señor Dr. Ulloa; su caridad inagotable lo impelia á poner siempre los tesoros de su bien aprendida y distinguida profesión, al alivio de todas las diversas esferas sociales, con aquel desprendimiento y desinterés, que son la propiedad y la fortuna de las almas puras, mandadas á este mundo para aliviar las dolencias de la humanidad.

Nosotros que aún vivimos en este valle lleno de abrojos y dificultades, tributemos, en este acto, nuestra expresión de dolor y profunda pena por la pronta desaparición de tan ilustre profesor; esmerándonos porque sus queridos restos descansen en la más profunda paz de la eternidad.

EL SR. MANRIQUE, alumno de la Facultad.

Señores:

Permitidme que en este triste lugar se exprese el dolor acerbo que hoy maltrata los corazones todos de la juventud de la Escuela de Medicina, por la sencible é inesperada desaparición de su querido maestro, Dr. José Casimiro Ulloa.

Esa juventud que os habla con mi palabra, y que llora al golpe de tan dura desgracia, nó, no quedaría tranquila, si no viniera, hasta esta solitaria mansión, á verter la última lágrima sobre su tumba: tributo débil, pero, que en algo corresponde á los afanes y cuidados, con que el maestro—afable y cariñoso—supo captarse la simpatía y el aprecio de todos sus discípulos.

¡Felices los que, como él, dejan recuerdos tan imperecederos!

Señores: La apoteosis de los grandes hombres no necesita hacerse. Todos la sienten, ellos mismos la dejan hecha Y el doctor Ulloa, deja conquistada fama inmortal que se conservará al través de las edades para ejemplo de las generaciones que se sucedan. Yo no necesito recordar que el doctor Ulloa, en la Cátedra Universitaria, en el parlamento, en la prensa política y científica, en las diversas asociaciones á que ha pertenecido, todas ellas, de utilidad verdadera para el Perú—en todas partes—bien lo sabeis, deja eterno recuerdo; porque hizo cuanto pudo y debía hacer en servicio de esta pobre Patria, á quien dedicó, sin reserva, todos sus cuidados y todos los instantes de su vida. De él puede decirse: «no pudo hacer más en menos tiempo»

Yo, que en alguna ocasión—es orgullo para mí—he llevado la pluma de este notable estadista, en asunto muy diverso de los de su noble profesión, tengo un motivo más para la justa admiración que le debemos.

¿Y que me será permitido decir si se juzga al doctor Ulloa como maestro?—Ya lo veis; cuarenta años del más perseverante trabajo, le hacían

contemplar con indecible júbilo á sus compañeros de hoy, sus discípulos de ayer, que arrastran el duelo oficial y toman la iniciativa que por derecho les corresponde.

Entre tanto, esta juventud que todavía necesitaba inspirarse en su ejemplo, que necesitaba escuchar su palabra autorizada, que necesitaba la firmeza y constancia de su dirección, esta juventud queda sumida en el más amargo desconsuelo.

Ilustre y respetado maestro:

Habéis hecho bastante en vuestro tránsito por la vida!

Puedes descansar tranquilo y satisfecho de tu obra; porque de las tantas memorias que legas á la posteridad, brotarán—alguien lo ha dicho—á millares los laureles que harán sombra á tu sepulcro.

Paz en su tumba.

EL SR. REY DE CASTRO (C.)

Señores:

A la juventud que compone el «Círculo Literario» causa doble dolor la desaparición del doctor Ulloa.

Nosotros lamentamos no sólo la pérdida del eminente médico y publicista, sino la del ciudadano austero, libre de las culpas que han manchado la conciencia de más de uno de sus contemporáneos.

El doctor Ulloa señaló su paso por la tierra con la enseñanza y el ejemplo. Defendió los principios liberales y fué siempre democrata y republicano de corazón; condenó el prevaricato y el fraude, y muere casi en la indigencia, sin que nadie se atreva á acusarlo de la más leve falta de probidad. Él no hizo lo que algunos; que mientras levantan y muestran al mundo la antorcha de la razón y la verdad, alimentan la moribunda lámpara del fanatismo y del error; él no clamó contra las deraudaciones hechas á nuestro Erario. Público, para después explotar el candor de sus compatriotas, é ir acumulando, á la sombra del misterio, el oro de las complacencias miedosas ó de las transacciones punibles.

Muy pocas de las veces que se cierran estas tumbas, para guardar los despojos de un personaje ilustre se

une al duelo de la inteligencia el duelo del corazón; y es que entre nosotros los que han recibido de la Naturaleza ese dón incomparable—el talento, en raras ocasiones han alcanzado de la educación ese otro todavía más valioso—la honradez. Por esta causa, señores, el «Círculo Literario» sufre doblemente al dar la postrera despedida al distinguido médico y periodista.

Si los últimos desastres experimentados por el Perú, no bastasen á comprobar que un destino implacable nos persigue, deseoso de vengar los ultrajes que hemos inferido á la moral y la justicia, lo patentizaría la cruel insistencia con que la muerte nos arrebató á los pocos seres que aquí han debido su elevación á la ciencia ó al estudio.

Los daños que produce la pérdida de una batalla, se reparan; el vacío que deja un cerebro bien organizado, es muy difícil de llenar. Francia después de Sedán, volverá á tener un Austerlitz; pero ¿cuándo aparecerá el genio que reemplace á Victor Hugo?

Como hijos de un pueblo en desgracia, no debemos nuestras protestas de patriotismo y enmienda confundirlas con el bullicio de los festines. Es aquí delante de la fría verdad de los sepulcros, con el alma transida de dolor y reprimiendo el llanto á impulsos del amor propio, donde estamos obligados á formular nuestros juramentos; es aquí, en presencia de los despojos de los hombres que, como el Dr. Ulloa, consagraron todos sus afanes y desvelos á la labor científica y al triunfo de las sanas ideas, donde debemos estrechar los relajados vínculos de nuestra nacionalidad y considerar mutuamente que sólo por el sendero de la moralidad y del trabajo se puede llegar á la reconstrucción del derruido edificio de nuestra Patria.

Señores: que una vez cerrada esta tumba no muestre sólo el pavoroso *aquí yace*. Si del robusto árbol secular se desprende el fruto que guarda en sus entrañas, simiente para poblar toda la floresta ¿por qué nosotros de cada hombre que perdemos, como Ulloa, no aprovechamos el ejemplo y la enseñanza para corregir nuestras cos-

tumbres y vigorizar nuestro abatido espíritu?

Ya que en la Naturaleza nada se pierde; ya que la materia, en sus misteriosas evoluciones, hace de la tumba, de ese lóbrego y helado recinto, un poema palpitante de vida, un mundo con infinitas alboradas de calor y de luz, trabajemos también, como un miembro de ese gran *Todo*, porque el dolor de hoy, sea la cuna, el anuncio, la alborada de la alegría de mañana; porque no se borre de nuestra mente el recuerdo que nos dejan los buenos, y porque el sufrimiento que nos origina su partida, nos mueva á levantar el mejor monumento á su memoria: la prosecución de su obra, la realización de sus propósitos.

He dicho.

El Dr. MEDINA.

Ante la tumba que se abre para dar perpétuo asilo al que fué en vida infatigable obrero del progreso, y á cuyo al redor vemos hoy congregados á hombres é instituciones que el saber y la ciencia, que en tan alto grado personificó el Dr. D. José Casimiro Ulloa, permitidme que á nombre de la sociedad Médica «Unión Fernandina» y de la prensa médica representada por la «Crónica Médica» y el «Monitor Médico,» manifieste el profundo pesar que experimenta por la desaparición de ser tan útil á su patria, á su familia y á la sociedad.

No es sólo el dolor que provoca la pérdida de una existencia el que perturba nuestro ánimo y nos hace presentar con el semblante atormentado por la congoja; hay algo más que conmueve profundamente el espíritu, y es el considerar que las fuerzas que la animan en sus incesantes evoluciones y en las continuas transformaciones que experimenta, no respeta nada en ese movimiento continuo que constituye la vida y cuya cesación dá lugar á otro género de existencia.

Si las virtudes y méritos de los que fueron, pudieran por un momento quedar relegados al olvido, podríamos en verdad, señores, conformarnos con las lágrimas que arranca

el sentimiento, á impulsos del dolor; pero cuando el recuerdo vá vinculado con asidua labor intelectual de más de cuarenta años de incesante actividad en pró de la verdad y del bien; cuando el nombre que á él vá asociado ha dejado por todos lados sus imperecederas huellas, semejante recuerdo no se borra nunca y las importantes mejoras y reformas que á influjo de su fecunda iniciativa se creáran, perpetuarán la memoria del que, con su desaparición, nos llena hoy de luto y desolación.

Si en realidad es la muerte el principio de la vida, debemos moderar señores la fuerza de la impresión que recibe nuestro organismo físico, cuando sufre tan violenta sacudida su parte moral; pues si todo concluyera con la falta del individuo de la escena en que nace y evoluciona, para no aceptar sino su ulterior transformación en materia viva alimentada por movimiento molecular, desaparecería ese estímulo para el ser pensante y racional, que vé con regocijo acercarse su postrer momento, con la seguridad de que al cerrarse para siempre la historia de su efímera existencia, se abre para él, el libro de la posteridad.

Cuando el hombre, durante el curso de su vida aplica todas sus facultades intelectuales á la realización de su fin; cuando consagra toda su actividad al desenvolvimiento gradual y progresista de la misión que está llamado á cumplir, no debemos por un momento, señores, aterrarnos con el frío espectáculo de lo inanimado; pues quien en estas condiciones rinde su existencia y paga con su vida el fatal tributo de la muerte, nace para la historia, que le tiene preparada en sus columnas una página de gloria.

No es mi ánimo, señores, el pretender hacer, ni en breve reseña, la numerosa y extensísima relación de las obras que hacen al Dr. Ulloa acreedor á las consideraciones de unánime respeto y general sentimiento, que inspira su memoria. Por donde quiera que dirijamos nuestras miradas, encontraremos inequívocas señales de su

luminosa huella; la Facultad de Medicina, la Ciencia del Derecho, el Periodismo nacional, la Administración Pública, cuantas instituciones científicas, políticas y literarias existen en el país, dando á conocer con su existencia la vida intelectual del Perú, ostentan ufanas el sello de su infatigable labor, de esa actividad incansable que traduce la robustez de un cerebro bien constituido y que hacían del Dr. Ulloa elemento indispensable de vida en todas las Corporaciones de que formó parte y que con él pierden su más asiduo é inteligente colaborador.

Natural, es señores, esta solemne demostración de duelo á que se asocia toda la parte culta é ilustrada de la capital; su presencia en este recinto, donde mora el eterno silencio, es el rendido homenaje á la memoria de un hombre grande por sus méritos y virtudes, digno del aprecio de sus ciudadanos.

Honremos, pues, señores, debidamente sus restos inspirándonos en su conducta noble y levantada, para que podamos ver germinada la semilla que en fértil terreno dejó caer, y recojamos el hermoso fruto, como la mejor recompensa y galardón que podamos tributarle.

Doctor Ulloa: si es posible que el eco de tan dolorosa manifestación llegue á la región donde impera la verdad y en la que duermes tranquilo el sueño de la eternidad, acepta el sentido adiós de despedida que por mi conducto te envían la Sociedad Médica «Unión Fernandina» y la prensa médica.

EL DR. BRAVO (G.)

Señores:

Permitidme que un amigo y un colega tome la palabra en esta ocasión solemne.

José Casimiro Ulloa: la brillante *etopeya* de este vigoroso é infatigable obrero de la civilización, ha sido y será trazado por espíritus más ilustrados y más galanos.

Ante la solemnidad de la muerte, de ese fatal anonadamiento de la individualidad, las galas de la retórica son escasos y pobre homenaje.

La huella profunda que en nuestro espíritu y en nuestro corazón nos deja al perder la individualidad para ir á confundirse en el gran cosmos intelectual y material, la declaración espléndida y franca que hacemos de nuestro dolor y el reconocimiento unánime y sincero del talento y virtudes de los que hemos estimado y admirado, como el maestro, el amigo que ahora deploramos son ciertamente un homenaje digno.

Tan solemnes, tan espontáneas demostraciones, retemplan nuestro ánimo y añazan los vínculos entre los que luchamos en el mundo tan humildemente contra tan fuertes adversarios: como si la sombra del querido profesor nos inspirara un levantado sentimiento de confraternidad.

Un grupo prestigioso de maestros de una generación ya pasada, flota en nuestra memoria.

Heredia, Solari, Ríos, piéyade brillante que generó la no menos brillante á que Ulloa perteneció.

Viene sin esfuerzo á nuestra mente el recuerdo de esos dignos y venerables colaboradores del lustre y prestigio de la medicina nacional, como si su espíritu concurriera á compartir con nosotros el pesar que nos conturba.

Al calor que irradiaba la enseñanza de esos maestros germinaron las ideas del doctor Ulloa, con ellos estuvo en íntimo comercio de ideas y ellos, con su clara penetración, supieron apreciar las notables aptitudes del discípulo.

Treinta y cuatro años no interumpidos consagrados al magisterio, á la activa colaboración de nuestra prensa médica, á la que comunicaba poderoso impulso, no hubo controversia científica, no hubo conflicto que amenazara la estabilidad ó la independencia de la Facultad de Medicina ó del Cuerpo médico, que Ulloa no acometiera con sus inagotables recursos y siempre con el mejor éxito.

Paladín esforzado de la verdad científica, entusiasta defensor de los derechos de la institución á que pertenecía, nunca dejó de presentarse animoso y fuerte en la lucha.

Selecta organización moral, eminentemente altruista, consagró siempre

sus esfuerzos á los otros en medio de una vida modesta, sin considerar que, con disposiciones intelectuales menos felices, pudo llegar á las esferas del poder y la opulencia.

La muerte nos arrebató al maestro, al amigo, pero el doctor Ulloa no es una personalidad que desaparece; es una entidad intelectual que se transforma. La obra de las inteligencias superiores no termina con la muerte de los que las personalizan. Su ejemplo cautiva y vivifica otras inteligencias. La admiración justamente tributada, levanta y vigoriza muchas otras, y el terreno recorrido y fecundo por aquellas, es ardientemente removido y cultivado por numerosos imitadores. Con sus esfuerzos, con su laboriosidad singular, conquistó el doctor Ulloa el derecho de vivir en la mente de las generaciones que le suceden.

Su mejor monumento, ese que el tiempo no gasta ni destruye, será en adelante el recuerdo vivo de su nombre atravesando las generaciones de esa juventud entusiasta, que se agrupa en torno de la prestigiosa Facultad de Medicina de Lima.

Menos brillante que los esfuerzos del militar en los campos de batalla, ó luchas del estadista en el campo de la política, la labor pacífica del que consagra su vida entera al desenvolvimiento y ensanche de los conocimientos positivos, no es menos fecunda y patriótica.

La memoria de Ulloa, será siempre conservada y estimada por todos los espíritus imparciales que, amando á su patria, saben apreciar los sacrificios que los buenos ciudadanos hacen en aras de ella, sin estruendo ni ruido vano.

Terminamos nuestro triste cometido, reproduciendo un artículo biográfico que encontramos en la *Gaceta Judicial*, publicación diaria que se ha esmerado sobre todas en tributar sinceros y merecidos elogios al que fué uno de sus más fecundos é ilustrados colaboradores.

RASGOS BIOGRÁFICOS DEL DR. ULLOA.

La historia Nacional abre hoy sus páginas de honor para escribir con letras de oro el nombre del esclarecido ciudadano, que después de cumplir bizarramente su misión en este mundo, ha pasado al seno de la eternidad llevando el luminoso sello de la grandeza humana.

No fué el Dr. Ulloa uno de tantos peregrinos que con el último suspiro terminan las fatigas de la existencia, ó uno de aquellos que rinden la jornada sin tradiciones que la dilaten y sin enseñanzas que la ilustren. No tiene, es cierto, la talla colosal de las privilegiadas personalidades que con su vida marcan períodos históricos en la vida de los pueblos; pero nadie negará tampoco, que mide las proporciones necesarias para que la patria adolorida registre su memoria en el libro donde anota los actos de gratitud y de amor con que honra á sus hijos predilectos.

Por eso, sin caer en exageraciones, que tanto lastimarian la augusta memoria de nuestro amigo, dando á este escrito las engañosas formas del apoteosis, como lastimaría la verdad histórica suprimiendo la narración de una vida que puede aspirar á los honores de modelo, vamos á diseñar, siquiera sea brevemente, lo que fué esa vida, y quién, el valeroso soldado de la idea á quien hoy sentidamente lloran, en fraternal y patriótico dolor, instituciones nacionales, corporaciones literarias y científicas, juventud ilustrada, y para, decirlo de una vez, la sociedad entera, no repuesta aún del asombro causado por tan infausto como inesperado suceso.

I

Nació el Dr. Ulloa el 4 de Agosto de 1829, y aunque no iluminaron su cuna resplandores que jamás envidió ni desdeñó tampoco, porque sabía bien que el nacimiento no es el mérito y que la cuna no es el hombre, gozó de la sombra protectora de padres honrados y virtuosos.

Los esfuerzos que éstos hicieron por educar á su hijo fueron muy pron-

to dignamente correspondidos, puesto que después de haber cursado Humanidades en el Seminario y Ciencias Médicas en el Colegio llamado de «San Fernando,» obtuvo el título de Médico en 1851, no sin haber revelado notables dotes intelectuales y morales, que á la vez que le granjearon el muy sincero cariño de sus profesores, los afamados Médicos Solari, Dunglas y Ríos, y la decidida predilección del eminente Rector Dr. D. Cayetano Heredia, le afianzaron el afecto de sus colegas, quienes desde entonces siguieron con avidez sus progresos y sus triunfos. La verdad es que el destino social del hombre casi siempre queda trazado desde los claustros del Colegio, donde rara vez se equivoca el voto de la juventud; por lo mismo que es el voto desinteresado ó la opinión sincera de una emulación noble y generosa.

Al brillo de su precoz talento y al fervoroso amor que el Dr. Heredia tenía por cuanto se relacionaba con los progresos de la Medicina, debió Ulloa el honor y la gracia de haber sido uno de los cuatro Médicos á quienes aquel digno varón mandó á Europa, en Octubre de 1851, con el fin de que perfeccionasen sus estudios.

No fueron defraudadas por parte de Ulloa las bien concebidas esperanzas de su segundo padre, como llamaba al Dr. Heredia. La conducta de aquél como estudiante del «Cuartel Latino» es recordada todavía como modelo de singular virtud, de asombroso aprovechamiento y de ejemplar economía; bastando saber que sustraído Ulloa á los arrebatadores goces y á las fáciles seducciones de la vida de París, aplicó á la compra de libros los ahorros de una módica pensión, que apenas llegaba á doscientos francos mensuales. Esa librería, digámoslo de paso, constituye la base de la excelente biblioteca que hoy decora sus modestos estantes.

Los cuatro años de permanencia de Ulloa en aquellos centros de ilustración y de talento, en aquellos lugares donde la atmósfera está saturada de ideas, donde se vive la vida del espi-

ritu y se respira ciencia y arte que nutren el alma y cautivan los sentidos, fuéronle notablemente provechosos.

Robusteciendo su talento y cultivándolo con toda clase de conocimientos, así en ciencias médicas como en finanzas, así en ciencias políticas y administrativas como en historia y en legislación, creció su alma y dió á sus inspiraciones ese vuelo magestuoso que engrandece al hombre compeliéndolo á anhelar todo para su patria, y haciendo convergir hácia ella sus aplausos y sus triunfos. El talento, sino es egoísta, es naturalmente generoso, y la generosidad induce á aspirar para la patria los más grandes progresos y los más preciados bienes.

Pero no fué sólo una ilustración sólida y extensa la que Ulloa alcanzó en esas regiones luminosas: su corazón halló allí la savia nutritiva apropiada al sentimiento de libertad que constituía el fondo y la esencia de su carácter. Eminentemente liberal por organización y por principios, liberal de buena ley, con ese liberalismo convencido cuya sinceridad se traduce en la práctica de una larga vida y cuyo imperio se revela, ufano y vigoroso, en las ardorosas luchas de la política, lo mismo en la tribuna que en la prensa, lo mismo que en cuestiones religiosas que en cuestiones económicas, fortificó su credo político con las sabias doctrinas de los eminentes publicistas que proclamaron la revolución francesa en 1848. La fiebre de la atmósfera que respiraba tenía que trasmitirse á él, ya bastante preparado para el contagio; pudiendo decirse que si Francia por medio de la ciencia enriqueció el hermoso caudal de sus conocimientos, no acrecentó ni vigorizó menos la ardiente fé que le acompañó hasta el último momento de la vida. Vivo reflejo de ella fué por entonces el conceptuoso folleto que escribió en París con el título de «El Perú en 1853,» que sirvió para que á su regreso á la Patria le abriese sus brazos y le brindara su corazón el partido liberal, recién victorioso en los campos de la Palma.

En efecto, vuelto Ulloa con el prestigio de sus nuevos triunfos científicos

y con la reputación que ya tenía desde aquí ventajosamente adquirida, fué empeñosamente solicitado por sus correligionarios y amigos, para tomar parte en la cosa pública. Se negó con entereza, porque el destino le tenía preparada labor más útil y fecunda, sucediendo no pocas veces, que á pesar de nuestras indicaciones y deseos, una fuerza superior obra sobre nuestro organismo para colocarnos en la senda menos esperada.

Pudo Ulloa optar entre los deslumbradores atractivos de la política, á cuyo término no se halla frecuentemente sino las engañosas sombras de una popularidad desvanecida, ó las brillantes aunque penosas labores de su profesión. Para todo tenía fuerzas, para todo estaba convenientemente preparado. La buena suerte de la Patria quiso, sin embargo, que en vez de lanzarse á las estériles luchas y á las agitaciones de una política infecunda, se consagrara á la gran obra que hoy constituye uno de sus más preciados títulos á la gratitud nacional.

No era por cierto la medicina entre nosotros, durante los años 55 y 56, una terapéutica empírica que la constituyese en arte conjetural é incierto: no era la *medicina popular*, que sirvió á los desdenes y á las burlas de la filosofía satírica del pasado siglo. Lejos de eso, brillaba ya como una de las más avanzadas instituciones de la República; pero tampoco era lo que debía ser, atendido los progresos de la ciencia y la fecundidad de los talentos consagrados á su cultivo.

Convenía comunicarle el impulso de las nuevas ideas y hacer del *Colegio de San Fernando*, un plantel más en armonía con los importantes fines de institución tan hermosa.

No hay ciencia más útil, más consoladora, más bella que la Ciencia médica, ó sea la Medicina ilustrada por el estudio de la Anatomía, de la Fisiología, de la Química y demás ramos de las Ciencias naturales. El médico verdaderamente tal, casi se confunde con el filósofo porque no puede conocer bien el cuerpo si no se ocupa del conocimiento del alma. Recibiendo de la naturaleza, con quien vive en inme-

diato y familiar contacto sus observaciones y su fuerza, se hace superior á las supersticiones, y su razón lo mismo que su alma adquieren cierta firmeza y cierta seguridad que se imponen por sí mismas. Todo deben saberlo, porque todo es preciso para la misión de alta filantropía y bienestar general que les está confiada. Son sobrios y modestos, porque se acostumbran á ver de cerca los funestos resultados de la vida faustosa y disipada. comprenden y aman la igualdad entre los hombres, porque ven cumplida á cada instante la ley del dolor, esa ley niveladora de todas las condiciones sociales, ante la cual desaparecen los fueros de la sangre, los favores de la fortuna, las fantasías del orgullo.

Formar médicos verdaderamente tales es, pues, misión de alta trascendencia, y así lo comprendió el virtuosísimo Doctor Heredia, cuando llevado por el celo paternal con que lo dotó la Providencia, secundó oficialmente las reformas é innovaciones propuestas por Ulloa, cuyo ideal era reproducir en Lima la sabia y admirable organización dada en Francia á la Facultad de Medicina.

En aquellos tiempos, Dios armó á dos hombres con fuerzas verdaderamente atléticas para que, mediante ellos, se operase en el Perú la venturosa transformación de los estudios facultativos. Sin el Doctor Bartolomé Herrera, águila radiante que recorrió el espacio infinito de la ciencia, y sin el Doctor Cayetano Heredia, sublime apóstol consagrado á la propaganda de la misma; sin esos dos portentosos obreros del progreso á cuya hermosa labor se asoció más tarde el sábio Sebastián Lorente, la libertad y la ciencia soportarían todavía entre nosotros el ignominioso yugo de la ignorancia.

A ellos debe el Perú su reorganización científica; y tratándose de las ciencias médicas, no poca parte toca á Ulloa por haber sido quien reglamentó y organizó la Facultad, quien le dió la forma universitaria que hoy tiene, transformando el antiguo Colegio en Escuela, y quien comunicó el movimiento impulsivo que ha hecho de ésta

uno de los más importantes centros de ilustración en Sud-América. Desde entónces, Ulloa regentó la Cátedra de Terapéutica y Materia Médica, en que ha educado dos aprovechadas generaciones, y desde entónces alcanzó también el alto honor de haber servido la Secretaría de la Facultad, puesto en el cual ha venido á sorprenderle la muerte.

Una institución que no se propaga ni cuenta con útiles colaboradores, difícilmente progresa. Comprendiéndolo así nuestro amigo, á la vez que en la prensa buscó el apoyo de sus ideas, solicitó el generoso esfuerzo de sus colegas para secundarlas, debiéndose á esa doble feliz inspiración *La Gaceta Médica*, cuyo primer número vió la luz pública el 15 de Agosto de 1856, y el establecimiento de la *Sociedad Médica*, que tan importantes servicios prestó desde entónces, constituyendo una corporación científica respetada y respetable, como toda institución que persigue nobles y elevados fines. Los talentos organizadores son el elemento creador con que las sociedades cuentan para realizar sus grandes destinos, y, en este concepto, Ulloa dió pruebas de poseerlo en alto grado, como lo atestiguan hechos posteriores de su fecunda vida.

En cuanto á la época que analizamos, allí está el Manicomio, ese magnífico establecimiento donde ejercen por igual su simpático ministerio la ciencia médica y la caridad cristiana. Obra fué de Ulloa ese asilo que tan justos elogios arranca á cuantos lo visitan; obra de él, sostenida con inquebrantable celo durante los treinta años en que lo sirvió como médico alienista; no siendo pocos los que de allí han salido en completo restablecimiento, después de atendidos con la más tierna solicitud. El plan, el régimen higiénico, el orden disciplinario, todo, todo fué inspiración de Ulloa, porque parece que sintiendo expansiva y vigorosa su razón y apreciando en sí mismo todo lo que es la inteligencia como riqueza y como guía, doliale profundamente la suerte de aquellos desgraciados á quienes la fatalidad priva de esa

luz celestial. Jamás desatendió Ulloa el servicio de su infortunada clientela, y tan preocupado vivía con el Manicomio, que hasta días ántes de su muerte se preocupaba afanosamente por la realización del proyecto, suyó también, de construir en la parte Sur de la ciudad un nuevo asilo con todas las mejoras que el uso moderno y los adelantos técnicos han introducido en Europa. ¡Cuánta satisfacción habria sido para él cooperar á esa obra de perfeccionamiento social!

II.

No pudo Ulloa perseverar por entónces en la difícil y nobilísima tarea que se había impuesto, porque el Gobierno reclamó sus servicios para una misión de elevada confianza que había de alejarlo momentáneamente del país. En cumplimiento de un soberano decreto de la Convención Nacional, debía constituirse en Francia una comisión destinada á pesquisar las operaciones de los consignatarios de huano. El honorable ciudadano Tomás Viveiro fué designado para Presidente y el ilustrado Doctor Ulloa para Secretario. Lo que esa comisión hizo en favor de los intereses fiscales y la manera dignamente honrosa con que llenó su cometido, constan de los documentos de aquella época, bastando saber que á su sagacidad unida á la firmeza conveniente se debió la restitución de fondos que algo aliviaron las penosas condiciones del Erario público.

A su regreso, que tuvo lugar en 1859, prestó Ulloa uno de aquellos servicios que la gratitud nacional jamás olvida, aunque sólo el trascurso de los años permita estimarlos en todo el alcance de sus felices resultados. Fué éste, el concienzudo análisis que en unión del sabio Raymondí hizo de las famosas aguas de Huacachina. La humanidad doliente sabe cuanto tiene que recordar la inteligente cooperación de nuestro amigo, cuya activa propaganda en favor de esas vertientes medicinales casi fué debida al estimabilísimo trabajo científico con que las dió á conocer.

Días después de aquella comisión oficial y sin descuidar el servicio de su Cátedra ni la dirección del periódico, fue honrado con el nombramiento de oficial primero del Ministerio de Relaciones Exteriores. Dispuesto á prestar á su patria los servicios que reclamase, no vaciló en aceptar ese cargo de honor, con la conciencia de poder desempeñarlo dignamente. Todo le sonreía en aquella época venturosa. Simpatías generales, confianza pública, halagos y felicitaciones de la prensa, doradas ilusiones de la edad, espansiones de un talento ilustrado para el que sólo había aplausos y cariños, posición social relativamente ventajosa; todo halagaba su juventud y estimulaba sus fuerzas para continuar imperturbable el camino tan felizmente comenzado.

No sucedió así, sin embargo, pues á poco de su ingreso á aquel puesto administrativo tuvo que renunciarlo libre y espontáneamente, en homenaje a sus profundas convicciones y en fuerza de la austeridad de sus ideas políticas.

Un odioso y nefando legicidio se consumó á la faz de América en los tristes días de Julio de 1859. El Gobierno en aquella época no obstante haber defendido, con la sangre de su ejército y con los tesoros de la Nación, la Carta política de 856 que había jurado, juró más tarde el exterminio de la misma; y porque abnegados y valerosos Representantes del pueblo se habían alzado en la tribuna pidiendo la vacancia de la Presidencia, como expiación terrible con que esa misma Carta castiga á los que profanan los fueros del Congreso y á los que pisotean las libertades públicas; porque esa Constitución era un fantasma aterrador suspendido sobre la conciencia de los conservadores, que la odiaban de muerte; porque las maquinaciones y la astucia no pudieron vencer en buena lid, en los debates parlamentarios, la oratoria arrebatadora de Casós, de Sosa, de Casanova y de otros, que con altivez espantana se libraron al combate de la libertad contra la dictadura; por eso se halló más rápido y seguro matar esa

Constitución por medio de un decreto; y ese decreto, concertado en el conciliábulo de la inquisición política, fué dado á la publicidad al son de clarines y tambores guerreros, el 11 de Julio de 1859.

La ley, las libertades públicas, el Congreso Nacional, el país entero vistieron ese día el triste luto de la muerte. ¿Qué pudo inducir al Mariscal Castilla á ese golpe de audacia que quitaba á su Gobierno la legalidad, único apoyo de los Gobiernos representativos, que provocaba la sedición, puesto que toda revolución en el poder legítima la revolución en los pueblos, y que agregaba un eslabón más á la larga cadena con que la arbitrariedad aprisionó siempre las garantías del ciudadano?

Los legicidios pueden ser la forma audaz y violenta con que se anuncia la tiranía, pero jamás salvarán á los pueblos. El Gobierno que se crea impotente para imponerse por medio de la ley, debe abdicar en aras de la patria, si no quiere preparar su caída por la pendiente siempre resbaladiza y sangrienta de las revoluciones. Esto debió meditarse entonces, porque éste es el dogma inmortal y soberano de los países libres.

Entre tanto, Ulloa espantado ante ese golpe dimitió su destino, ya como protesta contra la arbitrariedad, ya como la única manera de estimular en favor de la legalidad agonizante el patriotismo adormecido. Tal vez fué exceso de celo patriótico creer que su silencio implicase la aprobación del legicidio: tal vez pertenecía al número de los que piensan que tan inmoral es consumir los atentados como autorizarlos. Pero sean cuales fuesen las ideas dominantes en el alma del joven republicano, el hecho es que sacrificó posición y honores, y que á impulsos de una conciencia honrada se engrandeció ante sí mismo, porque engrandeció su dignidad de ciudadano y de patriota. ¡Ejemplo de abnegación y de virtud, admirable enseñanza que ojalá no olviden los que en febriles arrebatos niegan virtudes y grandeza de alma á la generación que se despidió!

III

No fué un mal para la Nación que nuestro querido amigo se alejase por tan honroso medio de la vida administrativa, porque su pasión por las letras, su ingénita organización para el periodismo y su sed de ciencia, jamás satisfecha, debían llevarlo á campo más fecundo y más provechoso para la República. Fué entonces, ó sea durante los años 60 y 61, cuando fundó en unión de J. A. Lavalle y otros *La Revista de Lima*, notable publicación con trabajos de gran aliento, y cuando en colaboración con el Rector de la Universidad, doctor Gregorio Paz-Soldán, el primero en acoger entusiasta la feliz iniciativa de Ulloa, dió á luz *Los Anales Universitarios*, con que han resucitado de su lecho glorioso muchos y muy ilustres nombres perdidos en desdeñoso olvido. Por aquella misma época y merced á los servicios que venía prestando á la ciencia, mereció la alta deferencia de ser nombrado miembro honorario del Ilustre Colegio de Abogados.

Las labores científicas, por rudas que fuesen, no habían ahogado los latidos de su corazón que palpité siempre por la patria. Por eso vemos á Ulloa, durante los años 64 y 65, agitarse febrilmente por los trágicos sucesos conocidos con el nombre histórico de *Cuestión española*.

No pudo la fogosa alma del republicano resignarse al deshonor que para él contenía el célebre tratado por el cual se entregaba al ibero millones de soles, en cambio de las osadas amenazas de reconquista y de la sorpresiva profanación del territorio, con que sacudió convulsivamente las fibras de la República. Formó, pues, Ulloa, á impulso de notable sentimiento, en las filas de la prensa revolucionaria, y no pudiendo permanecer en la capital por la persecución que se le hacía, ausentóse de ella para ir á ocupar en la Secretaría del prestigioso caudillo de los pueblos, general Prado, el puesto de honor que le discernían sus luces y su patriotismo.

Constituido el nuevo Gobierno, después de su entrada triunfal á Lima en los últimos días 1865, vemos á Ulloa colaborar lo en calidad de Oficial Mayor del Ministerio de Justicia, en todas las útiles reformas de aquella época, especialmente las del ramo de Justicia que le fueron familiares, por cuanto conocía con detenimiento los distintos ramos de la legislación nacional.

Pero donde el docto publicista hizo lujo de erudición, de civismo y de doctrina fué en la Asamblea Constituyente de la misma época, á donde le mandaron los pueblos como depositario de su confianza. No tenemos derecho para condenar con infalible dogmatismo, opiniones que pueden diferir de las nuestras, ni creemos que haya en el orden social, fuera del crimen, algo que no caiga bajo el dominio de la discusión y de la crítica: por consiguiente, al revelar que Ulloa defendió valerosamente la libertad de conciencia, que con igual denuedo abordó graves problemas referentes á la administración de la riqueza fiscal, que su palabra, serena y reflexiva, aunque no ardorosa, estuvo siempre al servicio de todo pensamiento útil y de toda innovación saludable, no hacemos sino consignar una verdad que registran los anales parlamentarios de 1867.

Ha sido para el país verdadero contratiempo que sólo entonces hubiese Ulloa ocupado un puesto en las asambleas deliberantes. Su laboriosidad, sus extensos conocimientos en economía política, en administración y en hacienda, ayudados por el espíritu de análisis que era el carácter distintivo de su talento, habrían sido elementos de gran valía, porque sólo con ellos se dá á la sociedad sabias y prudentes leyes.

A nadie culpamos: pero es posible que con menos intolerancia política y con más espíritu de justicia, nuestro recordado amigo hubiese hecho prácticos los poderes nacionales con que más de una vez fué honrosamente favorecido.

IV

Meses después, la actividad del incansable obrero debía ejercitarse, no ya en abstractas lucubraciones científicas, ni en complicados problemas del orden político, sino en el servicio de la humanidad infortunada, desenvolviendo en favor de ella las dotes de su rica organización moral.

La formidable catástrofe del 13 de Agosto de 1868, que por especial y misteriosa coincidencia nos cabe recordar hoy, a los veintitrés años de su pavorosa aparición, originó el envío de una Comisión que á nombre del Poder Legislativo y por delegación del mismo, ejerciese la caridad oficial en los pueblos azotados por la desgracia. Fué Presidente de ella el Ministro de Beneficencia, Luciano B. Cisneros, y le acompañó como Secretario el infatigable Ulloa.

Debe atribuirse á la feliz cooperación de éste el brillante éxito de la referida Comisión, pues con ocasión de ella, por primera y única vez se ha visto en el Perú que el Congreso Nacional decretase un voto de gracias para el Ministro.

En cuanto al Secretario, sus cualidades de inteligencia y de carácter debidamente apreciadas por una sociedad hábil y culta, como es la de Arequipa, por una parte, y por otra su misma profesión filantrópica le captaron el aprecio de cuantos lo conocieron y el tierno afecto de todos aquellos que, aquejados por el dolor, acudían á él para recibir el doble consuelo de la asistencia médica y de la palabra oficial.

Este dulce recuerdo que jamás se separó de su alma, lo alentó en medio de vacilaciones producidas tal vez por un secreto presentimiento, á emprender hácia Arequipa el viaje que debía servir de precursor del viaje eterno, sin sospechar que en esos mismos corazones, donde ahora veintitrés años depositó la alegría y el consuelo, debía dejar para siempre las desgarradoras huellas del dolor. Misterios humanos. *¡Voy á la ciudad de mis afectos; voy á renovar allí los recuerdos de esos*

días tormentosos, dijo: ¡Ovidaba que la vida es el delirio permanente del espíritu y que al lado de la esperanza vela á veces en acecho el ángel de la agonía!

V

Terminada la importante comisión al Sur, alcanzó Ulloa el honor de ser elegido miembro de la Honorable Municipalidad llamada de los *Ciento*, tocándole la orgullosa satisfacción de haber sido quien, ante el Alcalde Manuel Pardo, inició, propuso y sostuvo con firmeza el pensamiento de la Exposición industrial; pensamiento que acariciado por el Alcalde con el patriótico entusiasmo que le inspiraba todo lo bello y todo lo útil, dió por resultado el espléndido torneo de 1869, gloria de esa famosa Municipalidad y origen de las fiestas espirituales y cultas, con que desde entonces conmemoran los faustos acontecimientos de la Patria.

No cabe duda de que el convencimiento íntimo que entonces adquirió Manuel Pardo de las relevantes cualidades de Ulloa, sobre todo, su laboriosidad, que era también gráfica y característica en el malogrado Presidente, indujo á éste á utilizar la habilidad y la ilustración de su colaborador en todo aquello que se relacionaba con la instrucción pública. Hacen honor á ese Gobierno la liberalidad de ideas y la generosidad de esfuerzos con que se propuso mejorar este importante ramo de la administración; por lo mismo consignamos aquí con a más viva complacencia, que parte de ese honor alcanza á nuestro amigo, porque en animado y casi diario debate, y en múltiples personales conferencias con el Jefe del Estado, coadyuvó á la expedición del Reglamento General, que es la base constitutiva de los progresos que desde entonces se realizan en las Universidades y Colegios de la República.

Aquilatadas por hombre tan competente como Pardo las fecundas ideas y doctrinas, que en materia de instrucción poseía Ulloa, era natural que entonces no se quedase este formando parte del Consejo Superior de

Instrucción pública; y así fué; pues, con excepción del Gobierno Iglesias, todos aprovecharon sucesivamente de su esforzada é ilustradísima cooperación, la que era de esperar en quien vivía consagrado al ejercicio de la Cátedra y que tanto había contribuido á los adelantos de las ciencias nacionales. Ahora mismo era Ulloa Vocal del actual Consejo y Presidente de la Junta de Instrucción Primaria, siendo oportuno revelar aquí, que á este respecto preparaba publicaciones de gran aliento que habrían acelerado las reformas imperiosamente demandadas por el desarrollo intelectual del país.

Para terminar este período de la vida de Ulloa, agregaremos como detalle importante, detalle igualmente honroso para los personajes que en él figuran, porque revela en ámbos igual tolerancia é igual grandeza de espíritu, que mientras en la noche platicaba familiarmente S. E. el Presidente Pardo con Ulloa, acerca de instrucción pública, en la mañana redactaba éste y leía aquél el periódico opositor *La Patria*, donde se censuraba con altura, pero á veces con destemplanza, la política del Gobierno; lo que prueba que los hombres pueden estar separados por ideas y hallarse sin embargo indisolublemente unidos por el sublime y fecundo sentimiento de la Patria.

Pero no sólo en este orden fué utilizado por los Gobiernos el contingente de ilustración y de civismo en que abundaba Ulloa, sino de mil diferentes maneras, siendo una de ellas el encargo que en 1877 recibió para preparar un proyecto de ley electoral, que suprimiendo los lamentables y vergonzosos abusos á que se presta la que actualmente rige, conciliase la verdad del sufragio con la libertad del ciudadano. No es éste el documento llamado á expresar las sensatas ideas que sugiere materia tan delicada; pero debe saberse que Ulloa desempeñó su cometido con tal acierto y con tal felicidad, que el proyecto que parecía vegetar en los archivos parlamentarios, fué solicitado en la Legislatura pasada para su examen, y está ahora mismo

en tela de debate en la Honorable Cámara de Diputados, con muchos de cuyos miembros tuvo Ulloa el año anterior repetidas, ilustradas y patrióticas conferencias.

Tal vez alcance la fortuna de que sus levantados pensamientos revistan la imperativa forma de la ley: tal vez su magnífico y valioso trabajo no quedará perdido para la patria.

Probará ésto una vez más, que es propio de los hombres superiores ejercer influencia póstuma en la marcha de las sociedades, mediante las vigorosas semillas que siembran, y que fructifican y prosperan, si manos igualmente hábiles se encargan del cultivo.

VI.

Del período que acabamos de recorrer pasamos cronológicamente á aquel en que, convulsa la patria con los rudos sacudimientos de la guerra y obligada por honor y por conciencia á defender su glorioso estandarte, demandó la ayuda de sus buenos hijos pidiendo á unos la inspiración de su talento, á otros el vigor de su brazo, á éste la astucia de las artes, á aquél el refinamiento de la diplomacia, á todos el contingente de su vida ó las ofrendas del martirio.

La salvación de la patria exige muchas veces el pasajero sacrificio de la ley. La ley no es sino el medio natural para asegurar la existencia de aquélla, y cuando en el curso de la vida nacional sobrevienen esos conflictos extremos que hacen vacilar la filosofía política, colocando al ciudadano entre la inmolación de la patria y el de las formas que la sustentan, entónces dice la historia, que pueblos civiles y aguerridos, pueblos nutridos y educados, nutridos con la vigorosa savia de la legalidad han tendido sobre ésta un fúnebre velo, para consagrarse con todas las fuerzas del alma y con todo el poder de los cañones á la salvación de esa deidad adorable, sin la cual nada existe para el hombre.

Momentos son aquellos en que la nave necesita aligerar la carga para no hundirse en el abismo, y no pensando

en otra cosa que en la salvación común, ni obedeciendo á otra ley que la ley de la naturaleza, ley suprema que todo lo domina y todo lo avasalla, se arroja al fondo del océano cuanto pueda hacer sosobrar la nave azotada por las olas. Así surgen las dictaduras según las terribles enseñanzas de la historia.

No seremos nosotros quienes hayan de justificar esos dolorosos paréntesis de la vida normal y razonable de los pueblos. Toda dictadura es peligrosa, porque dictadura y arbitrariedad, dictadura y sangre, son sinónimos: ellas hacen recelosos y desconfiados á los pueblos: ellas son el veneno del espíritu público; ellas suprimen la vida de la libertad, que es la vida del hombre; pero admitidas como calamidades necesarias y como hechos fatales preparados por la misteriosa fuerza del destino para salvar más grandes y más valiosos intereses, hay que resignarse á su imperio, como se resigna uno al imperio de las grandes desgracias. Si el fatalismo fué el dogma de la filosofía pagana, ese dogma no tiene menos autoridad en la filosofía política. Se arroja al mar tempestuosa de las pasiones las garantías del ciudadano, las leyes protectoras, la legalidad soberana; se arrojan en todo para que no se hunda en las profundidades de la historia la nave del Estado, ó para que no perezca la nacionalidad que nos dió el ser y que simboliza nuestro porvenir y nuestra vida.

Estas ideas enardecidas por el espectáculo de una guerra de exterminio fueron sin duda las que decidieron á Ulloa á prestar su entusiasta ayuda durante la dictadura de 1880, en el modo y en la esfera en que, según sus especiales aptitudes, pudo hacerlo. Honrado con el título de Cirujano en Jefe de los Ejércitos, cúpole la humanitaria tarea de organizar las *ambulancias militares*, lo que, por supuesto, hizo á satisfacción general; y es justo declarar que si no empuñó el rifle para batirse valerosamente, para lo cual le sobraba ardimento, no mostró menos denuedo en esos días angustiosos, teniendo que luchar en el campo mismo

de la refriega con las inmoderadas exigencias de un enemigo enloquecido por la embriaguez de la victoria. Llenados lealmente sus deberes de patriota y de ciudadano, retiróse Ulloa á devorar en silencio los espantosos desastres de una situación que, por ley providencial, debía tener más tarde fiel reflejo en las mismas entrañas de la nacionalidad vencedora.

VII.

Para aliviar su patriótico dolor volvió Ulloa ardorosamente á la vida de la ciencia, de que jamás prescindió, á pesar de la agitada vida de campaña.

Ya no organiza ambulancias militares: ya no cicatriza las heridas del soldado. Cicatriza las heridas que recibe la Facultad de Medicina por un decreto gubernativo que, alterando la constitución del personal docente, ponía en peligro, á juicio de Ulloa, la institución á que perennemente venia consagrando sus más delicados afectos.

Surgió de ahí la magnífica y patriótica idea de fundar la *Academia libre de Medicina*, y para dar vida á esta generosa iniciativa en época en que la falta de elementos era casi invencible, vimos al perseverante obrero demandar el óbolo de la caridad, y agitarse por todas partes, jadeante y afanoso, persiguiendo una empresa que habria desanimado á cualquier otro que hubiera carecido del ardor de su fé y de su amor á la ciencia.

Fé ilustrada por la razón, perseverancia que no desmaya, sinceros clamores de propaganda desinteresada, al cabo logran el objeto que persiguen.

La perseverancia era una de las más salientes líneas de la fisonomía moral que nos ocupa, y la perseverancia, como se sabe, es la expresión de una voluntad vigorosa. Cuando es hija de profundo convencimiento, la perseverancia es irresistible como el rayo y puede llevar hasta los arrebatos de la impaciencia.

Ella, puesta en acción por Ulloa, lo condujo hasta obtener con el eficaz concurso de colegas no menos convencidos, la creación de ese magnífico plantel, que como la Facultad de Me-

dicina, lleva el sello de sus fecundas y sensatas inspiraciones.

Como la ciencia fué para Ulloa algo superior á la pasión, casi un culto, era imposible que el sacerdote ungido con el óleo santo de su purísimo amor quedase satisfecho sin levantar otro templo al objeto de sus adoraciones. Eso fué, eso es la Academia Libre de Medicina.

Para completar su obra dotando á la nueva institución de un órgano de publicidad fundó, admirablemente secundado, *El Monitor Médico*, tan generalmente conocido como estimado en el mundo científico. Al proceder de este modo buscando en la prensa firme apoyo para esta segunda hija de su pensamiento, obedecía Ulloa á la continuidad histórica de sus ideas y revelaba su profundo convencimiento acerca de lo que ese soberano poder significa como fuerza y como luz.

La realización de un propósito es casi siempre poderoso incentivo para otro, tal vez más exigente. Por eso el médico alienista no se detiene ya en el punto á donde su perseverancia lo coloca, sino que intenta imprimir á la nueva institución *carácter oficial* como elemento de perdurable existencia, y alcanzar para ella local propio, como elemento de vida material.

Afanábase en estos halagadores planes, de elevada conveniencia pública, cuando le sorprendió la más violenta persecución política, debiendo á ella la pena de haberse arrancado de los brazos de su idolatrada esposa y de sus amados hijos, para ir á sufrir injustificado ostracismo.

Poco duró éste por fortuna, pues restablecido el régimen constitucional en 1885, se incorporó Ulloa á la patria y á la familia; siendo adorable designio de la Providencia que llegara al seno de ésta, días antes de que el ángel de la muerte cubriese con sus alas el purísimo espíritu de la más tierna de las madres y de la mejor de las esposas.

En una complexión moral como la de Ulloa, cuya sensibilidad se desbordaba en lágrimas á la más simple expresión de ternura, este triste acontecimiento debilitó sus fuerzas, marcándose desde entónces hasta en su fiso-

nomía, esa concentración melancólica de los grandes dolores. Por eso, conocidos como son ya los detalles de sus últimos momentos, se explica bien que la muerte no haya tenido mucho que batallar con la naturaleza.

A pesar de todo, obtuvo al fin Ulloa el año 89, que la Academia se consolidase y fortaleciera en el doble sentido de sus aspiraciones, pues á la vez que la ley le ha dado carácter y fueros de institución nacional, tiene ya local propio; el mismo que con dulce acento de gratitud y de cariño reclama ahora el retrato de su ilustre fundador, á fin de que las generaciones médicas futuras, al nutrirse con las doctrinas del insigne maestro, puedan conocer, á través de los años, como fué en este mundo aquél que personificó una poderosa inteligencia ricamente servida por una ilustración conceptuosa. Un retrato es sombra muda, es verdad, pero también es animación y vida, cuando iluminado por la historia se le contempla con los ojos del espíritu.

Pedimos, pues, para Ulloa, este honor póstumo, á fin de que con ese símbolo que ha de perpetuar su memoria menos que sus obras, complete la Academia la honra que unánimemente le discernió haciéndolo su Secretario perpetuo; galardón que por lo mismo de ser desconocido en todas las corporaciones científicas y literarias de la República, era uno de los más bellos timbres de la corona cívica de nuestro malogrado amigo.

VIII

Cualquiera creería que después de la accidentada vida que se delinea en los apuntes que preceden, el cansancio natural de los años convidaría á Ulloa al recogimiento y á la calma, para terminar tanta fatiga en beneficio de sí propio y de los hijos. Error: la fiebre de estudio sigue devorando su alma y nuevos trabajos la alimentan.

El diarismo es su faena predilecta, pero el diarismo cosmopolita y sin bandera. A ningún periódico se afilia y á todos dá el preciado contingente de su brillante pluma. Si ésta hubiera sido mercenaria, Ulloa en vez de lágri-

mas, habría dejado pan para los hijos. Es verdad que padeciendo y manchando entonces sus escritos bajo la presión de las monedas, no habrían tenido aquellos el sello de la verdad ni el colorido de esa independencia altiva que debe ser la primera cualidad del escritor.

Signo característico de los trabajos de Ulloa es la sinceridad y fuerza de convicción que los inspira. Jamás escribió algo que no fuese el fruto de una convicción profunda, porque su culto á la verdad y el hábito de investigarla con espíritu filosófico no le permitían traicionarse á sí mismo. La rectitud de su alma estaba al nivel de la rectitud de su razón. Si como filósofo amaba la verdad, como moralista se creía firmemente obligado á expresarla, sin fuego arrebatador tal vez, pero sin sofisma; sin frase cadenciosa, pero con franqueza.

En la época á que nos referimos dá á luz un verdadero monumento histórico titulado *Progresos de la Medicina en el Perú*; más tarde un estudio internacional sobre *Limites con Bolivia*; trabaja luego la cuestión *Limites con el Ecuador*, que se conserva inédita por especiales motivos de prudencia; aborda con lucidez y con denuedo el problema económico que agita la República; diserta sobre las enfermedades de carácter nacional que alarman á la sociedad, tales como la viruela, la veerruga, etc.: trata doctrinalmente la agitada controversia sobre la linfa de Koch, y para dar pávulo á la prodigiosa actividad de su alma vá á los diarios judiciales para debatir en ellos intrincadas cuestiones de Filosofía penal.

Es bajo este prisma que Ulloa ha revelado sus excepcionales y levantadas facultades de médico legista. Sacudiendo el yugo de la escuela llamada tradicional ó clásica, y dando á su razón el vuelo magestuoso que caracteriza las evoluciones del espíritu moderno, se coloca bajo la bandera que tan alto tremolan los penalistas italianos y con ellos proclama la necesidad de la reforma, á fin de sustraer honor y propiedad, goces y vidas del inflexible rigor de una penalidad que castiga muchas veces la inconciencia más bien que los delitos.

Nada tiene definido á este respecto el severo juicio de la ciencia: nada ha llegado todavía al rango de dogma soberano: pero no es menos cierto por eso, que se recomiendan altamente ante la filosofía cristiana y ante las tendencias de la filantropía espiritualista los que se afanan por demostrar que el crimen no es siempre hijo del alma y que á su ejecución precede aveces, como irresistible y poderosa, una fuerza ciega é impulsiva que arranca fatalmente de causas extrañas al libre albedrío del agente.

Las publicaciones del médico legista sobre materia tan escabrosa merecen detenido exámen, y las recordamos aquí, tanto por su reconocido mérito, cuanto porque fueron los últimos fulgores con que la viva luz de su privilegiada inteligencia procuró alumbrar la conciencia pública.

IX.

Propóniase Ulloa continuar esas publicaciones en una serie de bien meditados estudios, cuando dócil al sentimiento de familia, que fué dogma y culto en la de su inolvidable esposa, y lo es en la que él forjó, vióse precisado á emprender viaje á la ciudad de Arequipa, para buscar el alivio de pertinaces males que aquejaban á una de sus amadas hijas.

Corta fué allí su residencia, porque el destino tenía trazado el término de tan preciosa vida. El martes 4 del mes en curso, después de alegre y animada conversación de familia, en que como nunca agotó la jovialidad de su carácter, se retiraba en busca del reposo apetecido; en vez de él la muerte, precedida por desesperante asfixia salió subitamente á su encuentro, y al colocarlo desfallecido y trémulo, en el lecho donde debía descansar por breves horas, cerró los ojos para siempre sin haber pronunciado una palabra y, sobrevino el reposo eterno con que la muerte anuncia sus victorias. ¡Cuánto debió pasar por su alma!

Así quedó paralizado para siempre ese cerebro poderoso; así se separó de su familia el tiernísimo padre que la daba sombra y luz; así vino para la

sociedad que le llora inconsolable el luto que la cubre: así se extinguió esa vida fecunda é inagotable cuyo luminoso blasón de honor se encierra en esta trinidad grandiosa: *honorades, talento, patriotismo.*

En la naturaleza nada hay que no sea progresivo: lo son los seres inanimados como los hombres, lo son las almas como los cuerpos; lo es el talento como lo son las fuerzas morales. Por eso hay hombres superiores, por eso hay inteligencias privilegiadas y por éso el mundo se inclina ante aquellos que Dios coloca en la cima de las sociedades para que alumbrén el camino por donde transitan los peregrinos de la tierra.

El malogrado publicista, el incansable batallador de la idea, el apóstol de la libertad, el docto Catedrático, el fundador de Institutos científicos, para decirlo de una vez, Ulloa; fué uno de ellos. Saludemos su tumba con piadoso recogimiento y volvamos á ella los ojos, cuando en busca de modelos de virtud, de ilustración, de austeridad republicana, de amor fraternal y de todo lo que encierra de grande el corazón del hombre, nos sea preciso confortar el espíritu.

No envía Dios á los hombres privilegiados sino para que sirvan de enseñanza y de consuelo. Allí está Ulloa que tuvo la dicha de realizar esa misión sublime. Llorémosle, pues, porque es digno de nuestras lágrimas. Morir embalsamado con las lágrimas de un pueblo, ausentarse para siempre bendecido por corazones amorosos es el mayor galardón que en la tierra puede alcanzar la virtud humana. Feliz el que después de obtenerlo pasa á la posteridad en alas de la gloria.

REVISTA EXTRANJERA.

TERAPEUTICA.

MORRHUOL CREOSOTADO DE CHAPOTEAUT.

Cuando Reichenbach señaló en 1833 el valor de la creosota de haya como antihemotísico y aún como agente curativo, su comunicación despertó vivísimo interés, y un año después, los

doctores GRANJEAN MIGNET y RAMFOLD publicaron observaciones que confirmaban las experiencias de REICHEMBACH.

Empero, no se generalizó el uso de la creosota que permaneció en el olvido por espacio de cuarenta años. En 1877 fué cuando el Dr. GUIBERT, de Cannes, y el Profesor BOUCHARD, de Paris, comunicaron al Congreso de Ginebra un trabajo que rehabilitaba á la creosota. (*Boletín de Terapéutica*, 1877, p. 289) Desde ese instante ha conquistado lugar eminente en terapéutica, recomendando especialmente los facultativos emplear la creosota de haya en su total pureza, bastante diluida y en dosis de medio gramo á dos gramos diarios.

La creosota produce resulta los evidentes sobre todo al principio de la tuberculosis. Según BOUCHARD y GUIBERT, al cabo de una ó dos semanas de tratamiento, la expectoración disminuye, la tos es menos frecuente, renace el apetito, cesan los vómitos, desaparece la fiebre, y al mismo tiempo se acrecientan las fuerzas, quedan suprimidos los sudores nocturnos, se detiene la consunción y el enfermo entra en curas.

La creosota disminuye ó corta la secreción brónquica, impide la reabsorción purulenta é influye de rechazo en el estado general.

En Tesis presentada á la Facultad de Medicina de Paris, en 1877, y en consecuencia de las observaciones recogidas en el servicio del Profesor Mauricio RAYNAUD, el Dr. HUGUES reconociendo el uso de la creosota diluida durante largo tiempo.

El Dr. H. BRAVET, ha publicado en el servicio del Profesor BROUARDEL, en 1878, los buenos efectos conseguidos con la creosota en las afecciones del pecho, á condición de que no existan tendencias á la hemotisis.

En fin, el Dr. CADIER (*Gazeta de los Hospitales*, 1878, p. 426.) escribe que la inflamación tuberculosa se modifica ventajosamente con la creosota de haya tomada por vía interior.

También se haya indicada la creosota en el catarro brónquico, siendo uno de los tratamientos más eficaces de esta dolencia.

Las precedentes observaciones nos han conducido á asociar la creosota de haya al Morrhuol, cuyas propiedades terapéuticas se han reconocido en todo superiores á las del aceite de Hígado de Bacalao.

Preparamos cápsulas-perlas que contienen 5 centigramos de creosota de haya y 15 cent. de Morrhuol, equivalentes á 3 gramos de aceite de Hígado de Bacalao. Con la influencia de estas cápsulas la expectoración y la tos disminuyen en la primera semana. Un fenómeno notable, el aumento de apetito, que se debe muy particularmente al Morrhuol, acompaña la mejoría. Al mismo tiempo la calentura y el enfraquecimiento ceden en breve y las fuerzas vuelven gradualmente.

El Morrhuol creosotado se prescribe en dosis de 4 á 8 cápsulas. Pueden tomarse éstas meses enteros, á condición de suspender el tratamiento durante seis á ocho días, si el estómago presenta tendencias á la intolerancia.